

Héroes, Viajeros, Dioses y Reyes

Enrique Toro Santiago

HÉROES, VIAJEROS, DIOSES Y REYES

Enrique Toro



2ª
Edición

Capítulo 1

Héroes, Viajeros, Dioses y Reyes

I MACEDONIA

Proemio

Sois como niños que, con los ojos bien abiertos, os arremolináis alrededor del hogar; ávidos de historias sobre aquellos que una vez ocuparon la tierra que ahora pisáis, de los que fundaron las ciudades que habitáis, que levantaron las murallas, los templos, los palacios y los puertos. Hombres tan formidables, varones de linaje divino, campesinos guerreros, reyes pastores.

Hoy me preguntáis por los hijos de la Acaya, los que se unieron al Argo y, surcando mares ignotos, se enfrentaron a múltiples peligros en pos de la áurea piel de un carnero. Eran tiempos en que dioses y demonios caminaban entre los hombres mortales, y las ninfas salían de sus grutas a cantar a los héroes.

Etálides me llamaban, cuando me uní a los caudillos minias en calidad de heraldo, y supe de todos ellos, pues a todos interrogué y todo lo retengo en mi cabeza, regalo del padre Hermes. Allí conocí a los adalides de Pelene, y con ellos conviví: Asterio, vigoroso y de ánimo leonino; y Anfión, de muy veloz pensamiento e ideas sagaces, ambos arrojados, ambos decididos. Eran hermanos solo de adopción, ya que Anfión, dejando su casa y su familia siendo un muchacho, viajó hasta aquí, donde el magnánimo Hiperasio lo adoptó como suyo. Así lo escuché de su boca en el sagrado bosque de Dodona, interesándome yo por su procedencia:

Capítulo 2

I

Los Comedores de Anguilas

Muy lejos, al norte, existe un río negro y profundo al que llaman Drilón. Este fluye a través de numerosas naciones, pero sus aguas proceden en el inicio del gran lago, donde habitan los enqueleos, comedores de anguilas. En sus orillas se levanta la reluciente Licnido, soberbia urbe de hermosos edificios e imponente fortaleza. Allí me crio mi padre, el héroe Clito, donde gobernaba con equidad; y mi venerada madre, Brisa, del linaje de Cadmo, constructor de ciudades. Ellos me llamaron Hijo del Río porque engendrado fui junto a su cauce.

En aquellos días felices nuestros barcos regresaban a puerto preñados de pescado, bueyes de altiva testuz pacían en las faldas de las montañas de abundante caza, y la bien labrada llanura nos proveía de los frutos de la tierra.

No éramos diestros artesanos, pero con la estación vernal llegaban las caravanas desde la lejana Hélade y Atenas. Venían cargadas de ánforas de vino y miel, copas, cráteras y trípodes ornamentados, armas de bronce, herramientas y bisutería. En oposición a los ilirios, estos comerciantes eran varones de gentiles maneras, vestían exquisitas túnicas de fino lino y mantos de felpa bordados con florituras, peinaban sus luengas barbas y cabelleras; y cuando hablaban, lo hacían con elegancia, otorgando a las palabras armonía y ritmo. A mí me complacía, más que ninguna otra cosa, escucharlos contar historias en las que no faltaban héroes, viajeros, dioses y reyes en sus excelsos palacios.

De esta suerte crecía ufano y orgulloso de mi raza y de mi estirpe. Sin embargo, aquella prosperidad excitaba la envidia de otros pueblos, y celos y conspiraciones se cernían sobre mi casa y mi familia. Nuestras fronteras eran de continuo amenazadas; y mi padre, el rey, cada vez con más frecuencia, se vestía para defenderlas. Hasta que, en una refriega, recibió en la sien un proyectil, escapándosele la vida sin remedio, y una profunda aflicción se apoderó de la tierra enquelea.

Empero, amigo, te ruego que no me interrogues en este asunto; pues el dolor me arrebató el aliento, el alma se enferma y se extingue lo animoso

de mi oratoria.

En la misma mañana de saberse la triste noticia, los hijos de Dasaro se hicieron con el poder de la ciudad, ocuparon las calles y reclamaron el trono para Emoís, arrogante primo de mi madre. La reina, conocedora del peligro, traspuso el umbral de mi cámara en la noche postrera.

—Madre mía veneranda, ¿cuál es el objeto de tu visita? —le pregunté así que la vi por la puerta.

—El de preservarte de todo mal, como siempre ha sido y será.

—No comprendo, ¿viniste a anunciarme alguna cosa? Si es acerca de los dasaretas, no tengas cuidado, ya de todo me voy enterando. Mas si se trata de otra desdicha...

—No, es buena la nueva que traigo.

—¿Y cuál es? Refiéremela.

—Jamás te privaste de acompañarme a la plaza, a tratar con los mercaderes jonios porque te deleitas en escuchar los relatos que salen de sus labios. Pues bien, partirás con ellos mañana.

—¿Partir? ¿Adónde?

—A la divina Hélade, a ver con tus ojos todas esas maravillas.

Al punto, me sobrevino la amargura y mi ánimo se llenó de enojo:

—Pero ¿cómo penetró en tu mente semejante idea? Emoís usurpa Licnido, y tú...

—Emoís nunca llegará a ser el celebrado caudillo que tu padre ha sido. No obstante, goza de la aceptación de las tribus y cumplirá su función. En cuanto a mí, nuestras leyes le exigen honrarme, y no se avendrá a quebrantarlas. Por el contrario, tú, hijo mío, eres una amenaza, alguien que un día podría reclamarle lo que ahora considera suyo. Si aquí permanecieras, temo que tu vida sea corta.

Esto diciendo, soltose el argénteo broche del muy hermoso collar que alrededor de su escote se derramaba.

—Toma. Es el collar de Harmonía, entrégalo a sus herederos en la antigua villa de Cadmea, y luego apela a tu parentesco a fin de que te acojan.

—Madre mía...

—No me interrumpas —me amonestó—. Llévelo oculto contigo y no lo comentes a nadie, no sea que despiertes la codicia de los que te oigan y esto te ocasione alguna calamidad.

Se quedó en silencio un instante, acariciándome los cabellos, pareciéndome a mí que iba a dejarse llevar por el llanto. No lo hizo.

—Mas ¿por qué te doy tales consejos? —dijo para sí misma—. Las deidades te han otorgado muchos dones. Ante todo, será lo fecundo de tu ingenio, valor y prudencia por lo que te conocerán los hombres, y los bienaventurados dioses por aquello que tu padre te decía. ¿Lo recuerdas? —preguntó cogiéndome de las manos con ternura.

Los sollozos reprimieron mi voz, ella me abrazó, se dio la vuelta y su figura se fundió con la penumbra de los pasillos de palacio. Nunca quiso que la vieran llorar.

—Dignidad, sabiduría y justicia —le respondí, pero ya no me escuchaba.

No bien rayó la luz de la aurora, salté del lecho, reuní mis más preciadas posesiones, y me dirigí a la calzada donde se congregaban los atenienses con el objeto de organizar la partida.

Me hallaba en el lance de subirme al primer carro, cuando un varón corpulento se me puso delante bloqueándome el paso.

—Tú viajarás en el último —me espetó adustamente señalando el final de la caravana.

—¿En el transporte del pescado? —me sorprendí—. Dispense, ¿no le notificó mi madre de mí? ¿Sabe quién soy?

—Alguien que precisa salir de la ciudad.

Ese fue el término de la conversa. El hombre se aplicó en asegurar el cargamento, ignorando mi presencia.

Encaminé mis pisadas hacia el vehículo indicado, donde me esperaba un viejo mercader de piel tostada y barba canosa; al verme llegar descargó dos sacos del vagón, y me mostró una estrecha apertura entre los fardos

de anguilas y belvicas provenientes de los saladeros del lago.

—¿Tengo que meterme ahí? —le interpeló. Él se encogió de hombros y se dio la vuelta a lo suyo.

Entré por el hueco y procuré acomodarme. No lo conseguí: el olor intenso a salado me oprimía la nariz, y me habían privado de toda visión al volver a colocar los sacos en la apertura.

En tanto, el corazón me ladraba en el pecho, y cavilaba si apearme del maloliente vagón. Sentí que se movía y resolví esperar hasta llegar a las puertas, con el propósito de exhortar a los guardias a que mediaran por el bienestar de su señor.

¡Cuán errado me hallaba! Justo antes de detenernos, los oí dándonos el alto.

— ¡Detente, y date a conocer! No se puede abandonar la capital sin un permiso.

— Salud, soldado. Falero para serviros —resonó la voz del varón que me había exiliado al reino de las salobres anguilas—. ¿No oficiabais ayer en el mercado? Además, la noche anterior nos saludamos en palacio cuando acudí a solicitar el salvoconducto de nuestra partida. ¡En verdad que son infatigables los que velan y custodian a los habitantes de la brillante Licnido!

—Este visado ya no es válido, debéis renovarlo con el sello del nuevo gobernador —le respondió el guardia—. Cierto es que las tareas se han acrecentado desde la muerte del soberano Clito. No he yacido con mi mujer ni besado a mis hijos en días.

—Lo dices a quien lo entiende. Nadie debería mantenerse apartado de su familia más allá de lo que es lícito y razonable. Este cambio causa inconvenientes a todos. Dentro de dos lunas zarparán las naves que nos han de llevar junto a los nuestros; si no las alcanzamos a tiempo, temo que tendremos que pasar el invierno en Iliria —se lamentó el comerciante.

—Está bien, podréis salir previo registro de las carretas.

—No nos oponemos a ello —se apresuró a contestar—. Esas tres transportan pieles y aquella de allí pescado en salazón.

—¿Tan solo pescado?

—En efecto. ¡Oh! y de la primera no os he informado, carga con nuestras pertenencias, víveres y enseres para la jornada. El ánfora que aquí veis

contiene vino de Pramnio, el mejor que puedas saborear. Cinco medidas obtuvimos de la muy afamada bodega de Atenas, cuatro las vendimos ya a la reina de Peonia. Ella las compró con el deseo de agasajar a los nobles convidados durante los festines en su espléndida mansión. Esta te la ofrecemos a ti, pues sería una lástima que se echara a perder en el camino de regreso.

»Tomad, bebedlo con moderación y el peso de vuestra labor se tornará liviano.

Se oyó el sonido de los portales al abrirse y a los conductores azuzar a los animales. La caravana volvió a moverse.

—Que los dioses te protejan en tu retorno al hogar, viajero —agradeció el soldado.

—Y a ti te otorguen aquello que tanto anhelas, protector de la ciudad.

Capítulo 3

II

Agua Sagrada

No tardó mucho en detenerse la caravana. Descargando las talegas que habían burlado a los guardias, me invitaron a descender. Nos hallábamos a corta distancia de la ciudad, tras una eminencia en la llanura, donde los carros quedarían ocultos.

Allí todos se apearon. Formando un semicírculo, sentáronse frente a su líder, aquel que en las puertas de la muralla había parlamentado. Deliberaban acerca del camino a tomar, y él les exponía lo que en su mente meditaba.

—Linkesta sigue bajo el dominio de los enqueleos, si conseguimos alcanzarla, podemos continuar desde allí hacia el puerto de Orico, donde nuestros barcos hacen aguada.

Tal fue su consejo. De seguida, un conductor procedente de una urbe colindante le respondió:

—Falero, esa ruta ya no es segura: multitud de dasaretas se desplazan en masa hacia Licnido, su nuevo centro de poder, y se han visto piratas briges aventurándose cerca del lago.

—No tenemos más opción —se lamentó él—. En breve, otras tribus se servirán de la revuelta para ganar territorio o hacer rapiña.

—Rodeemos el lago por el norte —les interrumpí yo sin que nadie me autorizara.

Los mercaderes, que hasta ese momento me habían ignorado, mostraron asombro en sus miradas, y Falero me replicó con ánimo severo.

—Escúchame, muchacho: numerosos son los torrentes que desde los montes boreales se precipitan en torno a esta dilatada laguna. Aunque pudiéramos cruzarlos todos, ¿cómo íbamos a salvar las negras aguas del Ilírico?

—En la cuenca del Drilón, ese que tú llamas Ilírico, hay barqueros que se ganan el sustento trasladando viajeros de una orilla a la otra. Algunos

poseen enormes balsas, capaces de transportar carros enteros con sus animales.

—¿Y los otros ríos? —me inquirió.

—Aún no han llegado las lluvias, sus cauces vienen mansos, yo os puedo indicar el modo de vadearlos.

Falero quedose pensativo despidiendo recelo por los ojos. El resto de los conductores se había ido desplazando por detrás, interesados en escuchar mejor la discusión. Ahora el círculo se cerraba alrededor de nosotros dos.

—Observa sus rostros, muchacho —dijo refiriéndose a ellos—. Yo arrastré a estos hombres hasta este remoto lugar, y por los dioses que los he de retornar indemnes a sus hogares. Solo hay una forma de llevar a término lo que propones, la cual es que te sientes ahí conmigo y nos guíes. Si en verdad conoces el camino, los jonios estaremos en deuda contigo; pero si hablaste por vanidad y pones en peligro a mis hermanos, yo mismo te arrancaré el alma. Asiente si comprendes lo que te digo.

Hice lo que me pidió, me acerqué a cada uno y contemplé sus semblantes, expresaban temor y anhelos de ser convencidos, de ser salvados. Les agradecí que me sacaran de la ciudad y afirmé que los alejaría del peligro. Por la panoplia de mi padre, por mis antepasados lo juré. Ellos me tocaron el hombro en señal de aceptación de la jura, y corrieron a los carros dando potentes gritos al decretar Falero la orden de partir. Yo me senté junto a él en el banco del primer carro, y la caravana inició la marcha.

—¿Adónde? —me interrogó parco.

—Debemos dar la vuelta y rodear Licnido sin ser advertidos.

—¿Cómo vamos a hacer tal cosa, muchacho? —volvió a interpelarme.

—Mi nombre es Hijo del Río —repliqué molesto—. Hay una senda para el pastoreo en el pliegue de la montaña, la tomaremos y nos dejará al otro lado de la llanura.

Él tiró de un costado la rienda, forzando al carro virar hacia poniente, al tiempo que levantaba el brazo para que todos lo imitaran.

Falero, aun siendo joven varón, tenía un carácter áspero y desconfiado; frunció el ceño cuando alcanzamos un torrente de ancho curso, en el

regazo de una inclinada ladera.

Salté del banco y penetré en el agua, me cubría por encima de las rodillas.

—Es un cauce de escaso calado —dije elevando la voz.

Los hombres me observaban, empero ninguno se aventuraba a seguirme. Comencé a vadearlo. La corriente bajaba deprisa, ciñendo mis muslos de espuma, mas no lograba impedirme avanzar. Al ganar la orilla, salí al camino y miré hacia el grupo de conductores con las manos extendidas, dando a entender que no había peligro alguno. Sin embargo, ellos me gritaban y señalaban al cielo desde el otro lado.

Alcé la vista, y vi caer por el barranco una trompa de piedras. Con gran celeridad, de un brinco me zambullí en el río, justo en el momento en que se estrellaban en el espacio donde me había encontrado hacía unos instantes.

Me quedé sentado en el fango, tratando de comprender lo que había sucedido. Podía oír las voces de los mercaderes, exhortándome a que no continuara. Pero yo me levanté y me dispuse a salir del río por el mismo sitio. Fue pisar la ribera y la lluvia de piedras se reanudó, descendí de nuevo al cauce y cesaron de caer. Me di la vuelta, regresé adonde aguardaba Falero y le pedí un recipiente.

—Dadle un caldero —ordenó a los suyos sin dejar de mirarme.

Volví a cruzar el río hacia la orilla hostil. Sumergí el caldero hasta rebosarlo y, elevándolo por encima de mi cabeza, salí. Esta vez ninguna piedra cayó. Los mercaderes atenienses me contemplaban pasmados. Salté al río y torné junto a ellos.

—Son pastores de las cumbres —les revelé—. Acaso tienen mandato de impedir el paso, o sienten aprensión a los foráneos y defienden su territorio despeñando rocas por el desfiladero.

—¿Y el caldero?

—El río es su deidad tribal, no les es permitido arrojar nada a sus aguas.

A Falero se le iluminó la cara al comprender la idea que le ofrecía, y de seguida se aprestó a ejecutarla.

—Sacad más ollas, vasos, copas, cráteras, todo aquello que pueda llenarse y ponedlos encima de los carros y los animales.

Vadeamos la corriente cargados de agua sagrada sin ser molestados por los pastores, siguiendo la senda por la falda de la montaña hacia el norte; si bien una vía lenta y difícil, era menos transitada que las carreteras de la llanura. No vaciamos los recipientes por temor a las piedras.

Tras el lance del río, mi compañero de banco relajó el ceño, habló y su verbo tornose amable.

—Eres un muchacho sagaz. ¿Seguro que tu linaje no procede de la ínclita Atenas?

—Seguro —afirmé—. Yo desciendo de Cadmo, fundador de ciudades.

—¿Y cómo es que hasta aquí se llegó ese varón tan celebrado?

—¿No conoces la historia?

—Nunca contada por boca de un ilirio, y es bien sabido que el son con que los pueblos recitan las gestas de sus antiguos difieren unos de otros, pues otorgan más relevancia a aquello que les concierne y obvian lo que no les es de interés alguno. Ea, refiéremela como tú la aprendiste, si tu ánimo te incita a ello.

Así dijo, y este es el relato que yo le di por respuesta:

—Hubo un tiempo en que la amarga guerra mostró su rostro abominable en esta tierra, y una era de barbarie y destrucción se inició. En un principio, los ejércitos se batían en el campo de Ares; mas luego, comenzaron a quemar las aldeas y a inmolar a sus habitantes. Los cadáveres se pudrían en los caminos o flotaban en el lago como troncos caídos envenenando las aguas. Aquellos que sobrevivían no tenían mejor suerte, pues eran golpeados por horrendas enfermedades, y el hambre y la miseria los empujaban a cometer actos aborrecibles.

»La cólera de los hombres parecía no tener fin, ninguna tribu conseguía imponerse a las demás y la contienda continuaba. Desesperados, los comedores de anguilas miraron hacia sus dioses, y como quiera que los oráculos no les dieran clara respuesta, preguntaron al roble rumoroso de la sacra villa de Dodona. Este se pronunció, augurando la victoria para ellos si el rey de Tebas Cadmea los guiaba a la batalla.

»Enseguida, se despacharon emisarios y le ofrecieron a Cadmo el cetro del pueblo, bajo el juramento de realizar lo que se había predicho. Él, en su pródiga generosidad, accedió a acometer la empresa, cedió a sus descendientes la regencia de la ilustre Tebas, y se estableció aquí junto

con Harmonía, su consorte divina.

»Cadmo trajo la paz a las tribus, fundó hermosas ciudades; y al final de sus días, engendró un hijo que estaría destinado a gobernarnos a todos. Ilirio le llamaron, y de él tomaron su nombre los nativos de este lugar.

Llegamos al curso de lo que de antiguo había sido un arroyo, y que ahora no era más que fango y un reseco cañizal. Nos disponíamos a cruzarlo, cuando hubo algo que nos asombró y conmovió de profundo el ánimo al contemplarlo:

Una anciana se arrodillaba en medio del lecho, tenía las manos en la cabeza y oraba con voz quejumbrosa. Salté del carro antes de que se detuviera y me acerqué a ella.

—¿Precisas ayuda, venerable madre? —le pregunté en lengua ilírica.

Falero apostó una copa con agua en el regazo de la anciana y sus párpados se abrieron, pareciéndome a mí que aquellos ojos grises me escrutaban el alma. Acto seguido, bebió con avidez y me habló.

—Es una sacerdotisa de la antigua religión —revelé a los atenienses—. Se hace llamar Baba. Dice que al secarse el arroyo suplicó a la Tierra fecunda, la cual atendió su ruego anunciándole que enviaría al hijo del río, y este le traería tanta agua como pudiera necesitar hasta que regresaran las lluvias.

—Bien —dijo Falero con cierto aire burlón—, cumplamos la voluntad de los dioses, es innegable que somos instrumento de sus propósitos.

Vertimos los recipientes en la cisterna colindante a la choza de la anciana, aquellos que habíamos transportado desde el río sagrado, evitando así que cayeran piedras sobre nuestras cabezas. Ella, llena de gratitud, nos frotaba el cuerpo con los flecos de su báculo fetiche, recitando encantamientos a fin de procurarnos buena fortuna.

Mas cuando se arrimó a Falero, cayó la bruja de rodillas con las manos alzadas y su argentina cabellera cubriéndole el rostro marchito. Entonces de su boca salió una voz grave y potente, en nada semejante a la de una mujer ajada por la edad.

—¿Qué está diciendo? —me interrogó Falero.

—Quiere saber por qué reniegas del legado de tu padre.

Él no contestó. Era evidente que las palabras de Baba no le eran ignotas, pues la observaba con temeroso respeto y no se atrevió a moverse.

—Profetiza que muy pronto hallarás a una deidad caída, y que solo tú puedes volver a levantarla, solo tú, la gloria de tu padre y su legado.

La anciana Baba quedó tendida en el suelo, exhausta por el esfuerzo. La recogí con mis brazos, apenas se le adivinaba carne entre la piel y los huesos, y la llevé al interior de la cabaña.

—¿Qué es esa angustia que percibo en tu pecho? —me preguntó al acomodarla sobre su lecho de lanas.

—Es por mi madre querida. Ella me exhortó a exiliarme y yo deseo obedecerla, empero ¿por qué me resulta tan penosa la tarea?

—¿Por qué un árbol no puede volar, por muy altas que sus ramas alcance?

—Por sus raíces —le respondí tras pensarlo un instante—. ¿Y qué debo hacer?

—Ve, busca los túmulos bajo los manzanos, haz sacrificios propiciatorios y escucha a tus raíces. Apresúrate, antes de que la lóbrega noche pinte de oscuridad los caminos.

Capítulo 4

III

La Caída del dios

Siguiendo la serranía, dejando atrás la ciudad y el lago, hay un punto en que la montaña se abre y el agua se estanca. Allí nos adentramos, virando hacia poniente, buscando la senda que nos permitiera alcanzar la gran llanura que atraviesa el Drilón. Al pasar junto al abrevadero de Mediodía, aquel que los pastores con sus rebaños frecuentan, se nos presentó a los ojos una perturbadora visión:

Había como unas cincuenta almas entre hombres, mujeres y niños, gimiendo con lastimoso vocerío. Ellas lloraban postradas en el suelo, mesándose los cabellos y cubriéndolos de arena. Los varones miraban al cielo alzando los brazos, implorando auxilio. Falero tiró fuerte de las correas, descendió del banco, y se dirigió al anciano que todos rodeaban.

—¿Quién eres? ¿Cuál es el motivo de la desgracia de esta gente?

—Mi nombre es Parisades y acaudillo al pueblo que ves. Huimos de nuestras moradas a causa de piratas briges que vienen remontando el río negro, asaltando las aldeas que encuentran a su paso.

—Hordas que aprovechan el abandono de las fronteras para cometer pillaje —le interrumpió Falero lamentándose.

—Viajábamos con nuestras pertenencias y animales —continuó el anciano—. De improviso, a mi carro se le desprendió una rueda, «el dios de nuestros padres» fue liberado de la carga y cayó a una profunda sima de la que no hemos podido recuperarlo.

—¿El dios de vuestros padres? —Pregunté con asombro.

—Es el genio protector de algunas tribus tracias, el penate familiar en forma de efigie que veneran y llevan siempre con ellos —explicó mi compañero de banco.

—Hablas con propiedad —afirmó Parisades—. Somos tracios que años ha emigramos a esta tierra, y con nosotros viajó la talla que los antepasados

nos confiaran. Su pérdida merma la moral del clan y augura calamidades.

Nos acercamos al lugar donde había sucedido la caída. La grieta era honda y sombría, mas no en exceso; por contra, tan estrecha y escarpada que ni un niño hubiera conseguido penetrarla. Al fondo se apreciaba el icono alojado entre sus empinadas paredes: un tronco de labra sencilla y escaso tamaño, algo más de un codo.

Falero daba vueltas alrededor, observando, estudiando la abertura desde ambos lados. Impertérrito, levantó la vista hacia nosotros y habló:

—Ítaco, trae el arco de Alcón e hilo cretense.

Cuando el mercader regresó con el encargo, todos quedamos mudos de admiración al contemplar el arco que portaba, pues por su aspecto no estaba destinado a abatir a las bestias, sino a la raza de los hombres: grande, soberbio, ensamblado sobre las astas del que, sin duda, fuera un majestuoso animal. En la empuñadura de plata y marfil, en su relieve de fina labor, se distinguía a un arquero aniquilando a flechazos a una enorme sierpe enroscada en el cuerpo de un infante. Un arma terrible que infundía temor solo de verla. La aljaba, de cuero y oro, transportaba dardos de largo astil y punta barbada de brillante bronce. Me estremecí al pensar en los estragos que podían causar aquellos formidables proyectiles.

Falero extendió el hilo en el suelo junto a la grieta, y ató un extremo a la caña de una flecha y el otro a un arbusto que allí crecía. Tras obrar todo esto, cordó el arco y se arrodilló delante de la apertura. El arquero cargó el dardo en el que había sujetado el hilo, y los músculos de sus brazos poderosos comenzaron a hincharse a medida que tensaba la cuerda, pero su pulso no tembló. Se había creado un expectante silencio, tracios y atenienses presenciaban el lance conteniendo la respiración.

La flecha salió disparada precipitándose a lo profundo, arrastrando el hilo tras de sí. En la gruta sonó un silbo, seguido de un seco crujir. Ansiosos nos asomamos, y al fondo distinguimos el astil de la saeta certera con la broncea punta clavada en la base de la escultura.

Gritos de júbilo escaparon de todas las bocas. El hilo cretense hizo fama a su nombre y no se rompió al tirar de él, sacando a la luz el penate de los tracios parisadios. Falero lo tomó y probó de arrancarle la flecha, pero esta se quebró, quedando el agujón alojado en su pedestal. No por ello menguaría la dicha de aquel pueblo, y su caudillo le instó a que así mismo lo restituyera.

—Esa punta es ahora parte del dios, parte de su historia, de la tuya y de

la nuestra.

—Sea —asintió el arquero entregándole la talla.

—Amigos, la oscuridad se acerca —observó el anciano—, y los hombres y las bestias deben ceder al reposo, tal como dictan las leyes divinas. Acampemos aquí esta noche, compartiremos de buen grado viandas y canciones con vosotros.

—Ilustre Parisades —le respondió Falero—, los caminos están desprotegidos desde que el soberano de Enquele descendiera a la casa de Hades. Por fortuna, viaja con nosotros este joven guía, gran conocedor de estos parajes, que, de cierto, sabrá indicarnos un sitio mejor donde levantar campamento.

Falero omitió mi regio origen movido a protegerme. Si bien era un varón de agudo ingenio, y empleaba ese don para velar por los suyos, recurría a la sorna en un fútil empeño de encubrir sus nobles acciones. Empero yo también gustaba de usar esos artificios, aunque aún me hallaba lejos de poseer su sagaz elocuencia.

—En efecto, mi señor. Sé de un lugar cercano, tranquilo y recogido. Con agua y pasto en abundancia, oculto a los caminantes nocturnos.

—¿Y es un lugar... seguro?

—Te lo confirmo, el más seguro de toda Iliria, me atrevería a afirmar.

El taimado mercader ateniense no me desviaba la vista, meditaba en su ánimo si me estaba mofando de él.

—¡Espléndido! —exclamó Parisades, interrumpiendo su cavilación—. Avisaré a los míos y nos pondremos en marcha de seguida.

La caravana, ahora más numerosa, emprendió el trayecto hacia el final de la garganta. Atrás quedaban las montañas y comenzaba la gran llanura del Drilón. A su entrada crecía un bosquecillo de álamos negros, y en el fondo un claro junto a un arroyo, donde nos dirigimos hasta alcanzar unos muros de piedra sin argamasa que allí se levantaban.

—Hemos llegado —anuncié a Falero.

Él detuvo el avance del carro y ambos saltamos a tierra.

—¿Qué lugar es este? —me interrogó dispensando miradas en derredor.

—Contempla aquella pulida losa, amigo —le indiqué con el dedo, orgulloso—. Ahí descansa Ilirio, hijo preclaro de Cadmo y Harmonía, y allí

sus descendientes, caudillos todos de las tribus: Enqueleo, Autario, Dárdano, Medo, Taulante, Perrebo, Daorto, Dasaro...

—¿Una necrópolis? —me interrumpió— ¿nos has conducido a una necrópolis con la pretensión de hacer noche?

—¡No es solo una necrópolis! Es el panteón de los patriarcas, el sepulcro más sagrado de toda Iliria, por tanto, seguro. Tranquilo y seguro, esa es la palabra que di.

Él se quedó en silencio, como de costumbre, observándome, impávido y sin saber qué decir. Yo esperaba que, tras el desconcierto, fuese a estallar en una prédica de desprecios y baldones, pero no lo hizo; por el contrario, dejó escapar de su pecho una carcajada, me propinó un manotazo en la espalda y exclamó:

—¡Muchacho!, albergas sagaces ideas, ¿será posible que aún podamos sacar provecho de tan distinguido compañero?

Con la alegría en el semblante, tornó su atención al resto de la expedición y se dispuso a dar órdenes y organizar el campamento. Yo, por mi parte, me encaminé hacia el interior de la necrópolis. En un momento, todos los hombres estarían atareados y mi ausencia no sería advertida.

Seguí la vereda que serpenteaba hasta el altar, atravesando un jardín de manzanos. Allí eran depositadas las ofrendas y Agrón, el sacerdote del lugar, practicaba religiosos ritos. Estaba oscuro, pese a ello, vislumbré su figura arrodillada en silencio frente a las aras.

—Vivimos días extraños —habló con voz solemne sin alzar la cabeza—. El Hijo del Río renuncia a los lujosos salones de palacio para merodear en la penumbra, entre estos túmulos enmohecidos.

—Pido perdón si mi presencia te incomoda, sacerdote, pero la necesidad me apremia y acudo a ti en busca de respuestas.

—Acércate y expón tu consulta.

—¿Debo abandonar mi tierra patria, cuando más de mí precisa?

—Lo que esta tierra precisa es un héroe y tú eres un niño que juega a serlo —me replicó.

—Entonces, ¿por qué los espíritus disienten de mi partida?

— No disienten de tu partida, sino de tus motivaciones.

—¿Y qué se supone...? —intenté decir y él no me dejó terminar.

—No más preguntas, Hijo del Río. Ahora responde tú, ¿qué te impulsa a ir al destierro?

—Es lo que mi madre me ordenó —afirmé.

—No, háblame de lo que tú sientes.

Cerré los ojos y me dejé llevar. Inspiré y sentí las palabras salir de mi boca, antes siquiera de advertir que habían discurrido por mis pensamientos.

—Con el fin de convertirme en el líder que se exige de mí.

Agrón levantó la vista del altar por vez primera, y yo pude apreciar su apariencia a través de la luz de la sagrada pira. Era un anciano de mirada serena, los surcos de su rostro me decían que había vivido mucho.

—Ese es un largo viaje, lleno de pruebas y sacrificios.

—Estoy dispuesto a seguirlo —dije con firmeza.

El sacerdote volvió a postrarse a los pies de las aras, y enmudeció un instante antes de contestar.

—Márchate ahora, debo realizar rituales que no te está permitido contemplar. Vuelve al amanecer, tendrás las respuestas que deseas.

Para cuando regresé al campamento, estaban ya todos alrededor de las hogueras entregados al banquete: había carne trinchada en espetones, y canastillas de pan e higos secos pasaban de mano en mano en agradable concordia. Los jóvenes escanciaban vino a los mayores, en tanto estos entonaban alegres peanes al ritmo de flautas y siringas. Falero me invitó a tomar asiento junto a él, y me sirvió una porción y una copa de vino en una bandeja.

—¿Por qué razón te ausentaste? ¿Hay algo que deba saber?

—Fui a honrar a mis antepasados — aquello le debió de parecer pío y privado propósito, y no preguntó nada más.

Capítulo 5

IV

La travesía de Orión

A Parisades le rodeaba un grupo de risueños chiquillos. En él había un hombre alegre y pacífico que gozaba de la dicha de su pueblo. Los niños le apremiaban, hablando a un tiempo y repitiendo incesantes la misma cantinela.

Al fin, el magnánimo caudillo se dejó persuadir, y los intentaba acallar moviendo los brazos de arriba abajo con las palmas de las manos extendidas.

—¡Orión! ¡Qué extraordinario cazador! —suspiró imitando a un arquero al disparar.

—¡Oh! —exclamaron los niños.

—Y qué bello varón —dijo irguiendo las espaldas orgulloso.

—¡Ah! —gritaron de nuevo expresando sorpresa.

—Tenía la estatura de un gigante... —continuó el anciano mudando a una pose temible.

—¡Uh! —Ahora sus oyentes mostraban aversión.

—...y de un olímpico la figura —terminó la frase simulando con su voz y su cuerpo a un ser de majestuosas y delicadas maneras.

—¡Oh! —volvieron a corearle los niños llenos de admiración.

—¿Y cómo fue que lo cegaron? —preguntó uno de ellos.

—¡A traición mientras dormía! —le respondió Parisades, levantando el puño con exagerado dramatismo—. Pues nadie hubiera tenido la audacia de herirlo estando despierto. A él que había beneficiado tanto a la raza de los hombres, exterminando de sus campos alimañas y fieras. Pero lo que sus impíos agresores desconocían es que la esencia divina no puede ser

destruida, y divino era de Orión su linaje.

—Y llegose a la isla del dios del fuego —Afirmó uno de los pequeños.

—Así es. Hefesto, al verlo, se compadeció en gran medida de su desgracia, al igual que todos los que con él laboraban: artesanos, aprendices y sirvientes, hasta a los descomunales cíclopes se les turbaba el alma al contemplarlo. Si bien el que más se conmovió fue un maestro armero que en la corte habitaba, pequeño, aunque valiente y de piadosa naturaleza.

»Los profetas de la isla anunciaron que el único con el poder de restituir la luz a los ojos del cazador era el brillante Helios, un celestial que vivía apartado, lejos de los demás inmortales. Orión, siguiendo el calor del sol, enderezó sus pasos hacia la playa.

»—¿Cómo alcanzar tan remoto lugar, solo y careciendo de la vista? —se lamentaba el desdichado.

»El maestro armero, que por allí pasaba, acertó a oírlo y, apiadándose, de este modo se ofrendó:

»—Yo te acompañaré, gran Orión. Seré tu asistente si mi señor lo permite.

El centelleo de las llamas de la hoguera acentuaba la magia y el halo de misterio con el que Parisades contaba su relato, adornándolo con todo tipo de muecas y gestos. Había comenzado a poner voces a los personajes, consiguiendo que los niños quedaran muy fascinados.

—Hefesto, el dios del fuego, feliz de que existiera una cura para su amigo, aprobó gozoso la alianza; mandó construir un dorado navío, y en él embarcó a Orión y al pequeño armero, al que designó con el epíteto de Cedalión, 'el cuidador de marineros'.

»Bordeando las costas de Tracia, se adentraron en el ponto inhóspito, fondearon en sus agrestes puertos y conocieron asombrosas naciones.

»Un día, acuciados por la fatiga y el hambre, pasaron junto al estuario del Termodonte y quisieron desembarcar; pero un grupo de amazonas, armadas con peltas y jabalinas, le salieron al paso impidiéndoles el amarre. Maravilladas al ver a un gigante y un enano navegando en una barca de oro, les preguntaron quiénes eran y adónde se dirigían. El ingenioso Cedalión, buscando una forma de aplacarlas, les respondió con un ardid:

»—Que la prosperidad visite a diario la morada que habitáis, nobles señoras. Somos presos fugados de los infiernos a través de la laguna

Aquerusia, donde los pérfidos olímpicos nos encerraron. ¡Ay, a nosotros que descendemos de la gloriosa estirpe de los titanes!

»—¿Y cuál fue vuestra falta? —se oyó decir desde la orilla.

»—Tenemos la maldición de engendrar hijos e hijas magníficos —contestó el enano.

»Las amazonas dejaron escapar risas de su boca, y la que portaba los emblemas lo despreció con estas injuriosas palabras:

»—Es harto improbable que algo extraordinario pueda proceder de un ser tan insignificante como tú.

El anciano interrumpió por un momento su narrar, levantó el dedo índice mirando a los niños y, con tono paternal, les instruyó rectos principios.

—Recordad, hijos míos, que usar la crueldad con alguien, sin tener que reprocharle sino su deformidad, no es justo ni piadoso.

Tras haberlo repetido cada uno de ellos, retornó él a la historia en el punto donde la había dejado.

»—Las parcas, que reparten dones y desdichas por igual —se lamentaba Cedalión—, a mí me maldijeron de la siguiente manera: todos mis vástagos triplican en gallardía, fuerza y vigor a la madre que los alumbró.

»—Eso, a mi parecer, es una bendición, hombrecito —repusieron las guerreras.

»—No para aquellos que gobiernan los altos cielos —replicó él—. Ellos me mantuvieron cautivo por temor a que entablara unión carnal con deidades poderosas, y procrear una raza superior que los destronara.

»Es bien sabido que en el carácter de una amazona hay dos convicciones que prevalecen por encima de todas las cosas: la primera es su inclinación a desconfiar de los varones; la segunda, el anhelo de concebir hijas excelentes que perpetúen su nación. Cedalión había provocado que ambas entraran en pugna en los corazones de aquellas, y se miraban indecisas unas a otras. Mas él no les daba tregua y continuaba extendiendo su farsa:

»—Un día advertí que los carceleros se aplicaban en atormentar a otro condenado, alto como un ciprés, al cual habían cegado a fuego. Cuando me acerqué a fin de observarlo mejor, ¡ay!, una angustia penetrante me sobrevino al reconocer a mi hijo querido, encadenado en el tártaro por tener la desgracia de haber nacido de mí. Ahora ambos hemos escapado de aquel suplicio. Permitidnos, os lo ruego, descender a tierra en favor de

llenar nuestros odres, tomar algún alimento y descansar de los trabajos del mar por un instante.

»En ese punto, las belicosas amazonas, creyendo que la historia era veraz, cedieron a las súplicas del enano marinero. Admiradas por la figura de Orión, fueron conducidos a Temiscira, su ciudad, donde la reina Marpesia los recibió con las más exquisitas atenciones: bañándolos en aguas perfumadas, vistiéndolos con delicados mantos, entregándolos a los festines y al placer. Todas las noches, afectuosas mujeres visitaban sus alcobas con la esperanza de ser fecundadas y alumbrar poderosas guerreras.

—Habéis de saber, niños —Parisades volvió a detener la narración con el objeto de introducir una de sus lecciones—, que la vida ociosa y placentera en exceso hastía y agobia el espíritu.

»Marpesia los consideraba a ambos importantes para el futuro de su pueblo. Por lo que, llegado el momento en que el deseo de partir se les instaló en el pecho, la guardia los contuvo y la reina ordenó encerrarlos en la más alta torre.

»Y allí quedaron presos, víctimas de su propia argucia.

»Muchos días y muchas noches habrían de sucederse antes de que los cálibes, enemigos de las amazonas, atacaran Temiscira, se hicieran con su fortaleza y los consentidos cautivos fueran al fin rescatados. Cedalión entabló en seguida amistad con sus libertadores, porque, al igual que él, eran gentes que se ocupaban de la minería y la labranza de los metales. Ellos les hablaron de un país en los confines del mar donde reinaba Eetes, un hijo de Helios, el dios sol.

»Siguiendo sus indicaciones, navegaron a través del ponto, siempre hacia levante, hasta que el litoral les cortó el paso, entonces remontaron el río Fasis por una de sus anchas bocas; y fue junto aquellas sinuosas corrientes, cuando Ea, la ciudad blanca de la Cólquida se presentó a la luz de sus ojos.

»Los habitantes, pasmados por lo asombroso de sus estaturas, los recibieron con la hospitalidad de Zeus, agasajándolos durante el ciclo de una luna. Luego el rey los interrogaría por el propósito de su viaje.

»Cedalión le contó que eran embajadores de Hefesto y que se dirigían a la mansión del brillante Helios al otro lado del mundo. Eetes, que además de ser hijo del dios era también su sacerdote, se adentró en el templo de su padre con el deseo de invocarlo. Allí se mantuvo encerrado todo un día, tras lo cual, invitó a los extranjeros a un festín en palacio y, una vez

saciadas las ganas de comer y de beber, de esta suerte se pronunció:

»—Deberéis atravesar las naciones de los escitas: Los reales, los que trabajan el campo, y aquellos que nómadas viven y moran en chozas de mimbre montadas sobre carretas. Tras ellos se extiende el territorio de los isedones, estos festejan a sus muertos devorando sus cuerpos; aun así, no les temáis pese a sus bárbaras costumbres, son hombres justos y hospitalarios. Si miráis de cara al sol naciente y no os desviáis del camino, llegaréis a las altas serranías, donde habitan las tribus de los calvos, las de pies de cabra y los dorados grifos, aves extraordinarias cuyo porte es el de un águila de gran tamaño, de garras poderosas y afilado pico. Otra cosa os diré para que la guardéis bien en la memoria: procurad no acercaros a los diminutos arimaspos, pueblo mezquino que posee un solo ojo en la mitad de la frente; ávidos de oro, cavan la tierra con el objeto de conseguirlo, y no dudan en robarlo de los nidos a sus vecinos los grifos. Allí hallarás el reino de mi padre, en el corazón de las heladas cumbres. Allí se esconde su hermoso vergel de verdes prados y abundantes vacas, de ríos cristalinos y frondosas arboledas, de fértiles huertos laborados por varones sin tacha. Allí, en medio del más bello jardín de alto colorido, se eleva su mansión de áurea fachada. Adentraos en las montañas donde la nieve golpea con fuerza, seguid el vuelo de los grifos hacia levante, allí, siempre hacia levante.



»Los viajeros se quedaron un tiempo con los amables colcos. Cedalión, en agradecimiento, les fabricó un arado de irrompible metal y dos bueyes articulados de bronce, capaces de arar la dura roca exhalando fuego por los hocicos.

»Orión, anheloso de recuperar la vista, puso sobre sus hombros a su pequeño amigo, y emprendieron la larga travesía.

Parisades hizo una pausa, tomó un trago de su copa, lo degustó calmo, y los niños lo miraron con impaciencia. Uno de los pequeños, al ver que se demoraba, le preguntó con excitación:

—¿Y vieron todo lo que les había predicho el rey Eetes?

—Todo ello y más —le respondió él—. Franquearon mares interiores, montañas, ríos de voraginosa corriente y dilatadas llanuras; conocieron

gentes extrañas y ciudades dignas de ver, bestias fabulosas, antiguas divinidades... De muchas cosas se maravillaron, de otras padecieron; Orión precisó de tres días con sus noches para referirse a todas ellas, cuando parose a descansar en Edonia, en su viaje de retorno a la Hélade.

—Y volvió a ver —afirmaron los niños.

El anciano ya debía de haberles narrado esta historia en otra ocasión, pues los de mayor edad parecían conocerla.

—Cierto —asintió Parisades—, y a su vida anterior, exterminando alimañas, abatiendo fieras. Desde Tesalia hasta Creta, todos los reyes alababan su labor, no así los inmortales; algunos, celosos de su fama, maquinaron un plan con la ambición de acabar con él:

»Una mañana, regresando de Quíos, donde se llegó con el fin de vengarse de aquellos que en el pasado le privaran de la vista, supo que un inmenso escorpión había salido del tenebroso averno, asolando la Hélade a su paso.

»El diestro cazador, siguiendo la devastación del monstruo, dio con él y, acercando el nervio de su formidable arco hasta el pecho, le disparó una flecha trifurcada. El dardo pegó con violencia en el grueso caparazón sin atravesarlo.

»Orión, al ver que no conseguía herirlo, empuñó un garrote enorme de bronce y madera de acacia, y revestido de una fuerza prodigiosa, le reventó la coraza haciendo que sus entrañas se desparramaran por el suelo.

»Pero justo antes de que la abominación exhalara la vida, en un último espasmo, lanzó su terrible aguijón hacia adelante, yendo a clavarse en la pierna del gigante. Este se derrumbó, como se desploma un edificio consumido por la llama devoradora, cubriendo su cuerpo gran extensión en la tierra, y todo el cosmos se estremeció.

» Los vecinos de Tanagra, al oír el estruendo, buscaron al caído y lo trasladaron a un santuario consagrado a Artemisa que en el lindero se alzaba. Ella, la virgen del arco de plata, percibiendo la desgracia, acudió rauda desde los altos cielos, y en su impetuosa carrera resonaban las flechas sobre sus divinas espaldas.

»Sin embargo, el corrosivo veneno ya le corría inexorable por las venas, y nadie tenía el poder de evitar el destino fatal; ni siquiera aquel al que llamaban Asclepio, el más excelso de los físicos nacidos.

»Mas no por ello sus amigos habrían de olvidarse de él. Artemisa, que lo amaba como a un hermano, no vaciló en convocar a junta a los olímpicos

y a las deidades de la tierra y del mar. Luego de reunirlos, la saetera pidió para él el honor más elevado que pueden conceder los altísimos, por todas las cosas buenas que había ejecutado.

»Desde lo profundo de la muy amplia sala celestial, las ninfas de los bosques dejaron oír su aprobación, a la que los poderosos ríos se les unieron. A continuación, los sátiros aplaudieron también y las marinas nereidas con ellos, las beldades que emplean arcos, el augusto Hefesto, y todos aquellos que lo apreciaban levantaron gran clamor.

»Decidme, niños, ¿a qué lugar se llevaron a Orión?, ¿dónde se encuentra ahora?

—¡Allí! —exclamaban los pequeños oteando el cielo, señalando con la punta de los dedos a un grupo de estrellas de brillo intenso.

—Sí, en el firmamento vive perpetuo —asintió el viejo caudillo—, como premio a su valentía y generosidad.

Los niños, conociendo que ese era el final de la historia, se dispersaron alegres por el campamento; y el anciano vertió su copa sobre las brasas de la hoguera, libó, oró a los dioses y sentose junto a nosotros.

Capítulo 6

V

Plantar otro manzano

—Perdonad mi ignorancia, padre —me excusé dirigiéndome a Parisades—. La imagen que tenía de vuestro pueblo era la de orgullosos guerreros, ajenos a otras artes que no fueran el ministerio de las armas.

—Los tracios somos una nación de contrastes —me ilustró él—. Muchos siguen a Ares, haciendo del asalto y la conquista su ocupación. Otros vivimos del pastoreo, adoramos a Apolo y a las musas, y cultivamos la música, la danza y la poesía.

—Mi familia también sirve al dios de la luz —intervino Falero—, pero no por ser embajador de la ciencia musical, sino por su condición de flechador.

De este modo se expresó, y al oírlo, vino a mi memoria su dominio rescatando el ídolo caído y el augurio de la anciana Baba.

—¿El legado de tu padre es el arco Alcón? —le pregunté.

—Alcón es el nombre de mi padre, el arco es su gloria y el legado es mi destreza en su manejo.

Hubo un respetuoso silencio que incitó a Falero a esclarecer lo que enunciaba.

—Él fue el mejor arquero entre los hijos de Atenas. Cuando yo era niño y jugaba confiado junto a un arroyo, una lengua serpiente se abalanzó sobre mí con la intención de devorarme. Alcón, que lo vio desde la otra orilla, ejecutó la proeza de aniquilarla a flechazos sin causarme daño alguno.

»Y ya no habría para mi padre nada más señalado en su existencia que instruirme a mí en el inmortal oficio de la arquería. Con todo, después de muchos años de disciplina y esfuerzo, no podía igualar su pericia, y una

irrefrenable desazón me consumía por ello.

»Tal fue mi abatimiento que resolví enderezar camino hacia el recinto sagrado de Delfos, a preguntarle al dios acerca de este asunto. La pitonisa, lejos de darme una respuesta favorable, profetizó que jamás superaría la extraordinaria habilidad de mi maestro.

»Aquel día juré que no volvería a tensar una cuerda nunca más, que blandiría una lanza y cambiaría las flechas por venablos en las partidas de caza. Alcón cayó en una profunda decepción, pero él era un hombre de fe, creía que no se debía luchar contra lo dispuesto por los hados y aceptó mi decisión.

» El tiempo pasó y yo me forjé mi propio nombre entre los atenienses, al margen de la fama de mi linaje. Al tercer año, durante la hambruna que sobrevino tras la guerra Cretense, Butes, el héroe de Cecropia, se presentó en la ciudad. Proclamaba que había fundado un puerto en la costa de Iliria, donde atracaban sus barcos cargados de vino y miel, y precisaba de conductores valerosos que lo transportaran desde allí hasta las urbes del interior. Mi ánimo intrépido me impulsaba a unirme a su expedición, sin embargo, no lo haría sin el consentimiento paterno. Pues es costumbre entre las gentes civilizadas que los hijos cumplan con la voluntad de sus progenitores.

»—Es lícito que los varones cobren gloria y honor acometiendo audaces empresas, por lo que no me opondré a tu propósito —así dijo al manifestarle yo mis intenciones—. Tan solo una condición te impongo: lleva contigo este magnífico regalo de las divinidades. Con él conseguí realizar loables hazañas, mas ahora estoy cercano a la vejez y cada vez me resulta más pesado el manejarlo.

»Me sometí a su mandato y he cargado con el arco Alcón durante los viajes que Butes me ha encomendado. Pero ni deseé ni precisé de cordarlo, hasta el día de hoy que supimos de la necesidad de los parisadios.

—En verdad nos hiciste un gran servicio —agradeció el caudillo—. Os ruego que en esta noche seáis invitados nuestros, como prueba de gratitud. Hemos aparejado cómodos lechos de mullidas pieles de oveja junto a las hogueras, que los jóvenes alimentarán hasta que Eos se levante del océano y nos toque la sien con sus rosados dedos.

Nos incorporamos de los bancos y el mismo Parisades quiso acompañarnos a los tendales.

—Dormid tranquilos, hombres de Atenas —se despidió—. Hay dispuesta

una guardia para que vele por la seguridad de todo el campamento.

Las mujeres trajeron aguamaniles y nos asistieron en desnudarnos, asearnos y expulsar de nuestros cuerpos el polvo del camino. Luego fuimos vestidos con ligeras túnicas que olían a hierba recién cortada y nos invitaron a recostarnos en los lechos. Yo no pude alcanzar el sueño, el relato de Falero me conmovía de profundo y me incitaba a revelar lo que mi mente había meditado.

—Sabe—le dije desde la entrada de mi tienda—, desconozco si algún día llegaré a ser el héroe que mi padre ha sido, pero desearía que él estuviera vivo y me animase a intentarlo.

—Eres muy piadoso, Hijo del Río —respondió él—. Yo desprecié el legado de Alcón causándole un agudo dolor, y desde entonces no ceso de suplicar a los dioses que me permitan abrazar sus rodillas, antes de que la negra parca se lleve a uno de los dos.

Cuando desperté y salí de la tienda, la aurora comenzaba a bañar con nueva luz la tierra y el bosque. Si bien el silencio aún no había dejado de ejercer su poderío, por lo que hombres y bestias seguían entregados al dulce sueño.

Excepto Parisades, que se hallaba abrazado a un gran roble plantado junto a la entrada de la necrópolis. Permanecía en sosegada quietud, cerrados los párpados, percibiendo algo que emanaba desde el interior del tronco. Aun así, supo de mi presencia y me habló al pasar cerca de él.

—¿Sientes la energía de estos árboles, Hijo del Río? Son los fieles guardianes que velan por el reposo de los que aquí yacen.

—Descubriste quien soy en realidad —me sorprendí.

—Se te adivina en el discurso y los gentiles modales, y Falero, a pesar de sus chanzas y desaires, acaso sea tu protector. Anoche mostraba inquietud durante tu visita a los sagrados túmulos.

—Lo sé, ahora he de regresar y terminar mis votos. ¿Hablarías con él si despierta y advierte mi ausencia? —le rogué.

—Vivo para servir —accedió el caudillo—. Amigo, concédeme una gracia a cambio: Los parisadios también desean hacer una ofrenda a los manes del

lugar. ¿Podrías llevarla tú mismo en nuestro nombre?

—Lo haré gustoso, y quiera el sacerdote rogar por vuestro pueblo y por...
¿Cuál es la naturaleza de la plegaria?

—No tenemos adónde ir, Hijo del Río —dijo con la pena del que se sabe en peligro—. Atrás solo queda ceniza y desolación, y si seguimos adelante el invierno nos encontrará en el camino y seremos consumidos. Este bosque nos es grato, tranquilo y seguro como tú afirmaste, por lo que aspiramos habitar en él, y quisiera conocer si los espíritus nos serían propicios.

—Es una sensata petición. Me ocuparé de traerte una respuesta que espero te sea favorable.

Una vez más, avancé por la vereda hasta llegar a los dominios del sacerdote. Traía conmigo la cesta de Parisades, colmada de frutos secos, pan de cebada, queso agrio y pasteles. Al depositarla en el altar, Agrón la miró y conoció los alimentos.

—Veo que te haces acompañar por tracios.

—Son gente de paz —me apresuré a confesar—, pastores que hallamos en el trayecto huyendo de los saqueadores.

El anciano esbozó una sonrisa, mostrando la palma de la mano en señal de disculpa.

—No es desdén para con ellos lo que mis palabras quisieron expresar, es admiración y debilidad por sus pasteles y golosinas.

—Si los manes a los que sirves les permitieran asentarse aquí, tendrías ofrendas como estas a menudo —le tenté.

Al pronto, aparecieron dos soldados con largas picas entre los túmulos. Aunque yo había sido instruido en diversas formas de combate en mis días de palacio, no llevaba más que una pequeña daga colgando en la cintura en aquel momento. La mejor opción era huir. Sin embargo, mi celo me impedía volver atrás y revelar la existencia del campamento, poniendo a todos en peligro. Así que empuñé el arma y me encomendé a los dioses.

—Estos hombres son leales a nuestra casa, Hijo del Río.

El corazón me latió en el pecho con inusitada fuerza al oír la voz de mi veneranda madre brotando desde las sombras. Dejé caer la daga y salí corriendo a abrazarla. Sentí sus cálidas manos temblando de la emoción sobre mi espalda, y se me llenó el ánimo de alegría y tristeza por partes

iguales.

—¡Cómo...! —me quedé sin palabras, algo que acostumbraba a sucederme en su presencia.

—Agrón me envió aviso de que acudiste a él en busca de consejo.

—Mi señora Brisa, la claridad se extiende —apremió uno de los escoltas—. En breve advertirán vuestra ausencia en palacio.

El anciano sacerdote tomó su cayado e hizo un gesto a fin de que le siguiéramos a través de los manzanos. Nos detuvimos junto a un montículo que, por el aspecto de la tierra removida a su alrededor, era de cavado reciente.

—¿Es esta la tumba de mi padre?

—Aquí descansa el héroe Clito, último rey de los enqueleos —respondió Agrón—. Cuando un pastor fallece solo en la montaña sin que nadie lo sustituya, sus rebaños se dispersan: unos son presa de las fieras salvajes, otros mueren de inanición, otros más de frío con la llegada de la invernada; y algunos, los menos desventurados, son capturados y marcados, renunciando a sus antiguos dueños.

—Hijo del Río, lo que intentamos decirte es que tú puedes evitar el olvido de Enquele si accedes a soportar la carga de tu padre —intervino mi madre.

—¿Qué debo hacer? ¿He de quedarme y reinar?

—No —negó el sacerdote—. Lo que se te otorga es el derecho de probar que eres digno. Vete, aprende y supera las pruebas que los hados determinen; y si a todo esto prevaleces, regresa y ejerce tu soberanía. Mientras tanto, serás un monarca en el exilio y una esperanza para los comedores de anguilas.

Así dijo el anciano y, conforme a los ritos de los primeros reyes, derramó sobre la tierra dos copas de vino puro, dos más de leche fresca y otras dos de agua sagrada. Acto seguido, hizo un surco con el cayado, y dejó caer la semilla de la que habría de germinar un nuevo manzano, el cual iba a simbolizar el curso de mi existencia. Tras la siembra, alzó el brazo hacia uno de los soldados, este le entregó el bulto que le colgaba del hombro, y le retiró la tela que lo envolvía.

Era la espada ceremonial de Macedón el semidiós, templada con habilidosa maestría en una época remota: su hermosa empuñadura, tachonada con clavos de oro, tenía repujada la cabeza de un fiero león, cuyos ojos, dos grandes gemas rojas, brillaban intensos a la luz matutina.

La pulida hoja de doble filo era de un metal azulado, con la que, según la leyenda, no se podía entablar combate, pues su visión amedrentaba el ánimo de los enemigos. A su vaina, de puro marfil, le habían cincelado en el centro una estrella de dieciséis puntas, representando a cada una de las tribus que comandara aquel antiguo caudillo.

La Macedonia había ocupado un lugar de honor en el megarón del rey Clito. Los líderes de la nación acudían a prestar juramento ante su solemne presencia. Ahora debía marchar al exilio oculta entre mis pertenencias. Pronto, muy pronto ambos alcanzaríamos gloria inmensa, batallando junto a los héroes de la Hélade, en el otro confín del mundo.

El ritual finalizó con la jura de proteger y restaurar la grandeza del reino cuando fuese convocado para ello. Al retornar a las aras, los soldados volvieron a apremiar a mi madre, y de nuevo se me encogió el corazón y la tristeza me invadió. No obstante, esta vez no hubo lágrimas.

—Hay algo diferente en tus ojos —me dijo ella observándome con dulzura—, ya no eres el niño que salió ayer de palacio. Son pocos los que conocen con certeza el día que se tornaron hombres, tú ahora ya lo sabes.

—Huye conmigo, madre mía, no tienes por qué permanecer aquí.

—¿Y los que quedan atrás? ¿Nuestros amigos? La retirada de ambos los expondría a la violencia de Emoís —respondió desviando la vista hacia Agrón y los escoltas—. Pero arroja de ti la amargura de la despedida, sé que nos volveremos a encontrar, los bienaventurados me lo anunciaron anoche en un sueño.

Sus cálidas manos se escurrieron de las mías, hizo una señal a los soldados, y estos comenzaron a caminar por delante de ella. Me quedé mirando como se alejaba. Divina entre las mujeres, augusta y veneranda, nunca antes los enqueleos habían honrado tanto a una reina.

El sol se mostraba en su plenitud sobre el horizonte y yo me resistía a partir. Pues los pensamientos se agitaban en mi mente y sentía la necesidad de esclarecerlos.

—No soy de su estirpe, ¿verdad? —pregunté al sacerdote contemplando el túmulo del rey.

—No, Clito no te engendró. Sin embargo, te llamó hijo ante los dioses, te quiso y te enseñó mucho, haciendo de ti lo que eres.

—Y me glorío de ello —le repliqué—. Aun así, siento el deseo de saber quién es mi padre.

—No me está permitido revelarlo, pero intuyo que muy pronto lo has de conocer. Márchate ya, tu demora acrecienta los peligros del camino.

—Gracias, Agrón. Eres un buen hombre. Cuida de mi madre hasta mi regreso.

—¡Una cosa más! —gritó el anciano cuando me retiraba—. Dile a ese pueblo de pastores que aquí pueden establecerse, siempre que respeten la santidad del lugar.

Asentí con la cabeza y me adentré bajo los manzanos, buscando la vereda que me llevaría al bullicio matinal del campamento.

Ninguno de los parisadios permanecía ocioso, todos tenían un cometido y lo cumplían con devoción: algunas mujeres molían cebada, otras se afanaban en recoger las tiendas, había hombres aprestando las hogueras con leña seca, mientras los más jóvenes llenaban las hidrias en el arroyo.

Me llegué a su patriarca. Estaba junto a un improvisado altar, purificando con azufre y agua lustral la copa que empleaba para libar a las divinidades.

—Sois bienvenidos —me apresuré a comunicarle—. Manteneos ocultos de las tribus hostiles y os irá bien. Vuestro ganado, pasteles y golosinas serán de grato apreciados en el mercado de Licnido.

El anciano caudillo me besó la frente, los ojos y ambos hombros. Acto seguido, lo proclamó muy feliz al resto de la caravana.

—Pueblo querido, acercaos a conocer la buena nueva, y vosotros que vivís en la ciudad de Atenas de anchas calles, oíd lo que voy a decir y que afirmaré con solemne juramento: sean testigos primero Zeus, la mesa hospitalaria y la tierra del irreprochable Hijo del Río, el cual ha intercedido por nosotros de forma favorable en pro de habitar en su hermosa floresta. Que desde el día de hoy y hasta el fin de los tiempos, la casa de este noble varón tenga en los parisadios fieles aliados, que los dioses le concedan toda clase de bienes y jamás a esta su nación le sobrevenga

mal alguno.

Gritos de júbilo llenaron el aire del campamento. Las mujeres tracias se aproximaban a besarme las manos y ellos me las estrechaban con exagerado vigor. Los mercaderes sonreían también, dejándose contagiar por aquel brote de euforia.

El patriarca dispersó a la gente mediante un par de palmadas, e invitó a los atenienses y a mí a sentarnos sobre troncos que arrimaron a la hoguera y cubrieron con piel cruda de buey. Luego, doncellas de la tribu clavaron la carne del sacrificio en asadores, la expusieron al fuego, y nos la sirvieron envuelta en tortas de mijo y cebada.

Allí, en esa quietud, imaginé un futuro que no me pertenecía, habitando en aquel tranquilo rincón del mundo junto a los alegres parisadios, pastoreando, cazando y recibiendo esporádicas visitas de mi veneranda madre. ¿Sería posible renunciar a la pesada carga que en tan breve periodo se había dispuesto para mí?

—Podría acostumbrarme a esta vida —murmuré.

—¿Un príncipe entre pastores? —replicó Falero con su sorna habitual—. Me gustaría presenciarlo.

—Hermano, ayer se me anunció otro nuevo y muy solemne deber.

Él y los demás compañeros enmudecieron mostrando interés en lo que decía y supe que, si deseaba ganarme su aprecio, debía ser honesto. De este modo, en tanto comíamos, les relaté lo acontecido en la mañana: el encuentro con la reina Brisa, la siembra del manzano, y mi promesa de regresar a la tierra patria tras haber ejecutado loables y peligrosas hazañas. Ellos escucharon con respetuoso silencio, ya me habían tomado afecto aun habiendo compartido juntos poco más que un día y una noche, y ahora les importaba mi suerte.

Falero no nos dejó seguir ociosos y ordenó levantar el campamento. Después de lo cual, intercambiamos regalos con los tracios parisadios, como debe hacerse entre amigos.

Los atenienses repartieron segues y herramientas de las que usan los artesanos en la construcción de edificios, el curtido de la piel y la recolección de las mieses. Eran restos de sus mercaderías traídas desde la Hélade.

Yo les hice entrega de ocho talentos de oro bien labrado, que les ayudarían a comprar material con el que erigir sus viviendas antes de la

estación invernal.

A cambio, ellos nos dotaron con mantos de lana y sandalias trabajadas para todos nosotros; además de una hermosa cítara de siete cuerdas que Museo, uno de los conductores, recogió con entusiasmo.

El caudillo Parisades mandó traer una tarja alta y robusta, de la altura de un hombre. Tenía siete boyunas capas sujetas a un armazón de madera de abeto; y al frente, una última de bronce que, a pesar de las abolladuras, mella del tiempo y las batallas pasadas, conservaba su brillo y el repujado rostro de una pavorosa erinia.

—Este escudo —nos explicó—, que por su tamaño debió de pertenecer a un enorme guerrero, lo encontramos hace muchos años cuando abandonábamos las llanuras tracias en el peregrinaje a Iliria. Quizás le deis el servicio que nosotros nunca supimos, por nuestra condición de pacíficos pastores.

Tras las amables despedidas, allí permanecieron unos, contentos por su nueva patria, y se marcharon los otros, anhelosos de regresar a la suya. En cuanto a la mía, atrás quedaba, y me lastimaba el alma el recordarla.

Capítulo 7

VI

El Hijo del Río

En tanto transitábamos por el bosque, nos regocijábamos departiendo en amena conversa. Por el contrario, al adentrarnos en el erial, nuestras bocas perdieron las ganas de hablar y ningún ruido se dejó sentir, a excepción de un riachuelo que serpenteaba junto al camino, única distracción en aquella áspera y monótona llanura.

—Es tal la desolación vertida en este lugar que hasta las montañas lo abandonaron —suspiró Falero.

—Nunca estuvieron aquí —le respondí—. El norte del lago debió secarse cuando la tierra era joven, formándose la planicie que ahora atravesamos. Una vez cruzado el río, no tardaremos en regresar al abrigo de las colinas.

Al fin, encontrándose el sol en lo más alto, nosotros divisamos el puerto fluvial del negro Drilón. Frente a la carretera, un enorme portón se nos presentaba, hicieron falta dos hombres y mucho esfuerzo para abrirlo. Mi padre la había mandado construir, la puerta y la empalizada toda, con el objeto de proteger el recinto de bandidos y tribus hostiles. Grandes balsas solían navegar desde allí transportando mercancías y pasajeros. Mas entonces no hallamos a nadie, ni barqueros ni barcas en los fondeaderos.

— Al norte hay una aldea de pescadores, dirijámonos a ella, acaso sus moradores pudieran darnos alguna indicación— sugerí.

Y Falero, tras meditarlo un momento, respondió:

—Iremos tú y yo con el primer carro, el menos pesado. Los demás permaneced aquí, cerrad el portón y vigilad la empalizada.

Los mercaderes obedecieron, nosotros salimos de nuevo al camino y transitamos junto al cauce por un trecho. Pronto, dimos con el arroyo que habíamos visto discurrir por la llanura; en aquel lugar iba a morir, junto a la aldea de pescadores, fundiéndose con las negras aguas del Drilón.

Descendimos del banco, cruzamos el arroyo a pie y nos movimos ocultándonos por detrás de las viviendas, a fin de asegurarnos de que

todo iba bien; pero no fue así, el sitio olía a muerte, a sangre y carne quemada. Al punto, un clamor hirió nuestros oídos. Buscando el origen, nos arrastramos por la maleza hasta alcanzar la rivera con la vista, y desde allí presenciar una perturbadora escena:

Guerreros a pecho descubierto, sucios y montaraces, alzaban gruesos venablos y combaban sus arcos aullando igual a lobos. Soldados uniformados les respondían desde la otra orilla, emitiendo potentes gritos marciales y golpeando sus lanzas contra sus ovalados escudos. Eran dos tribus rivales disputándose una misma presa.

—¿Saqueadores? —me preguntó Falero.

—Sí, entrambos ejércitos hacen de la ruina y la depredación el propósito de su existencia:

»A estos de aquí los llaman los ulc, pueblo salvaje que mora en las montañas sin contacto con otros hombres. En épocas pasadas caían sobre viajeros y pequeños asentamientos, en rápidos asaltos y desmedida violencia. El rey Clito fracasó en amistarlos y decidió exterminarlos sin conseguirlo del todo.

»Los soldados del margen opuesto son briges, asolan las aldeas y capturan a sus habitantes con la pretensión de venderlos como esclavos a los piratas del norte.

—Los mismos que devastaron las tierras de los parisadios.

—En efecto. No es propio que bajen tan al sur.

—Tu padre te instruyó bien, Hijo del Río. Conoces tu reino y la gente que lo habita.

—Pluguiera a los dioses que se aniquilaran entre ellos, pero no veo más que bravuconería y ninguna intención de iniciar la contienda.

—No, no lo harán —coincidió Falero—. Los briges se hundirían a causa del peso de sus armaduras si llevaran la ofensiva atravesando el río; y el otro ejército, a juzgar por la abundancia de mugre que cubre sus cuerpos, no debe ser muy ducho en desplazarse por el agua.

—Cierto —afirmé—. Ya no alcanzo a verlos ni oírlos, han desistido de combatir.

A mi compañero se le cambió el semblante, y quedó preso de un ingente abatimiento por la suerte de los suyos.

—¡La caravana! ¡Han descubierto la caravana!

Corrimos de regreso al carro y deshicimos camino hostigados por la inquietud. Nos detuvimos y apeamos poco antes de llegar al puerto. Allí tomamos las armas, y anduvimos agachados, pudiendo observar lo que sucedía sin dejarnos ver: los ulc atacaban el portón dando espantosos aullidos, y nuestros compañeros se defendían arrojando piedras desde lo alto de la empalizada.

—¡No resistirán mucho más! —Se lamentó Falero al tiempo que tensaba la cuerda del arco Alcón.

—Es probable —le contesté—, pero si te enfrentas en solitario en campo abierto solo hallarás la muerte.

Sin embargo, el arquero ya no escuchaba. Estaba fuera de sí, rojo su rostro de angustia. Si quería hacerme oír, debía ser muy contundente.

—¡Espera y mírame, hermano! ¡iiiMírame!!! —le grité cogiéndole de las manos—. Sabes que la zozobra de ver a los tuyos en peligro enturbia tu mente. Recuerda que en el pasado te di buenos consejos y tu ánimo generoso se dejó persuadir. Escúchame ahora lo que en mi pecho el corazón me dicta, y si te es grato, ejecutémoslo sin demora y hagamos que ninguno de los nuestros baje hoy al Hades.

Nunca antes sentí tal temor. Se me erizaban los cabellos, y abría harto la boca en un intento de exhalar la presión que anidaba en mi pecho y evitar el rechinar de los dientes. En breve, un funesto combate se iba a entablar, y yo me encontraba allí, entrando en campo hostil, con los puños enrojecidos de sujetar las correas que servían para abrazar el gigantesco escudo.

Se oyeron ruidos parecidos al trinar de las golondrinas, el arco Alcón había iniciado su ofensiva.

—iiiEspada!!! —Desenvainé a Macedonia y la alcé por encima de la tarja, presente del tracio Parisades. El poder de la hoja obró su milagro, ninguno de los ulc cargó contra nosotros.

—iiiAvanza!!! —Levanté un poco la tarja y comencé a andar hacia delante. Noté la mano de Falero aferrándose a mi hombro, húmeda y ardiente, sudaba copioso.

—iiiDetente!!! —Ahora los trinos se combinaban con salvajes aullidos cada vez más potentes. Al polvo de la refriega se le unió el olor a sangre y carne abierta.

—iiiResiste!!! —Fijé firmes los pies a tierra y apoyé el hombro contra la parte trasera; dardos, venablos y cantos rodados golpearon la delantera, haciendo resonar el bronce y palpar la tarja entera. Pese a ello, nada consiguió atravesarla, contuvo la primera embestida.

—iiiEspada!!! —Falero volvía a disparar sus flechas anunciadoras de dolor y muerte, mientras yo me aseguraba que los enemigos se mantuvieran a distancia. Cuando dejaron de gritar, reuní valor y me asomé por un costado del armazón: los ulc, hostigados a causa de las piedras que arrojaban los atenienses desde las almenas, tenían dificultades en manejar sus armas de tiro, y en torno a la empalizada se desplomaban sus heridos.

—iiiResiste!!! —Exclamaba de nuevo el arquero y otra lluvia de proyectiles cayó sobre nosotros, pero en esta ocasión menos intensa y breve en el tiempo. Tras lo cual, nada. El tumulto de la batalla se había desvanecido. Solo podía oír el pesado respirar de Falero a mi espalda. Al pronto, un estallido de invocaciones a Nike rompió el silencio.

Aparté la tarja, vi al grupo de salvajes dispersarse por la llanura, y a los atenienses celebrándolo en lo alto del muro. Se abrió el portón y corrimos a abrazarnos. Llorábamos emocionados al conocer que ninguno de los nuestros había sido herido en la contienda.

Empero la alegría sería efímera, alguien dio la voz de alarma desde el interior. Bajamos todos al río. Allí los hados nos deparaban otra penosa tarea:

Las balsas ausentes regresaban a puerto con espantosa carga, guerreros briges se apiñaban sobre sus troncos, haciendo brillar el río entero con sus abollonados escudos y lanzas codiciosas de carne, largas como nunca las vi, erizadas hacia el cielo. Los cantos, abrumados por el peso de los soldados y el bronce, emblanquecían el agua a su alrededor, semejando las babas de perros rabiosos.

Falero descolgó su carcaj y derramó las flechas frente a él.

—iMarchaos! —nos ordenó—. Yo les daré el recibimiento que merecen. Y si acaso llegáis a la ínclita Atenas, id a ver al viejo Alcón, y contadle que fue su arco sagrado el que os libró de la negra Ker, en manos de un esforzado varón que se gloriaba de ser su hijo.

En ese instante, el primer carro franqueó la entrada, levantando gran

estruendo por la velocidad en que circulaba.

—¡Los salvajes se reagrupan! ¡Cerrad el portón, rápido! —gritó Ítaco, que lo conducía. Falero lo había enviado a ir en su busca y ponerlo a salvo junto al resto de la caravana.

—Entonces, que un honroso fin nos abrace a todos —se despidió el valiente caudillo, reverenciando el arco de su padre al hacerlo.

No tardaron en oírse tremendos golpes detrás de la empalizada, mezclados con los aullidos; y las voces de los briges acercándose por el río se dejaban ya sentir.

Era el sonido de la muerte que se cernía sobre nosotros.

Pero no se dejó, no, quebrantar la firmeza de mi espíritu. En aquel momento, como en otros a lo largo de mi vida, un inminente peligro actuó de combustible avivando las llamas de mis pensamientos. Pedazos de mi memoria, palabras, imágenes, designios y sentimientos se unieron para alumbrar una realidad que siempre había estado ahí, en el río.

Caminé hacia él y me sumergí hasta la cintura. Su voraginoso corriente me golpeaba con fuerza, produciéndose a mi alrededor una espuma blanca y burbujeante. Los desconcertados atenienses me gritaban que nunca alcanzaría el arenal a nado, no era esa mi intención.

Elevé los brazos a la manera del suplicante e inicié mi plegaria.

—Óyeme, señor del río. Si en verdad eres mi padre y yo soy tu hijo, no dejes que perezca de forma cruel y miserable junto a tus orillas. Acuérdate de Brisa, la más hermosa de las mujeres, acudiendo a tus dominios con la gracia de ofrecerte pingües sacrificios, y tú, dios poderoso, cediendo al corazón henchido de deseo, te llegaste a ella y envolviéndola con tu divino abrazo me engendraste. Concédeme pues lo que te pido ¡Oh, soberano!: no permitas que mi cadáver sea pasto de los peces que habitan tu reino; ni que mi sangre, sangre de tu sangre, sea derramada sobre tus sagrados remolinos.

Descendí la mirada y vi que las aguas ya no me cubrían por la cintura, sino por los tobillos. Parecía que algo impidiera al lago drenar su oscura carga. Continué caminando. Ítaco, que todavía se hallaba al gobierno del primer carro, lo dirigió hacia el río y marchó detrás de mí. Ambos vadeamos sin percances hasta el otro lado.

Al contemplar el milagro, el resto de los hombres no se contuvo y se lanzaron con los carros al Drilón, arreando a las bestias y causando gran vocerío. Falero actuaba semejante al perro de un pastor en medio de la vacada, agitándose impetuoso entre los animales, arengando y asistiendo

a los compañeros.

Para cuando llevaban dos tercios del cauce atravesado, el nivel del agua invirtió su tendencia y comenzó a subir amenazando con devorarlos. La caravana llegó a la orilla con mucho más esfuerzo en el último tramo, salvo el transporte del pescado, que se había quedado rezagado y ahora no conseguía avanzar. Gritamos al viejo Eupálamo, su conductor, que saltara y nadara hasta nosotros, pero él no contestaba, se mostraba pasmado, con el rostro palidecido observando la carga.

En el ínterin, en la ribera opuesta, el portón de la empalizada acabó venciendo, se derrumbó y cayó al suelo con un sonoro retumbe. Tras lo cual, los salvajes entraron en tropel al puerto, y se aplicaron en disparar sus dardos y piedras contra el desdichado Eupálamo.

Falero organizó una cadena humana con el propósito de acercar el carro a tierra firme. Nos agarramos de las manos y tiramos con vigor, las bestias cedieron a nuestro impulso y comenzaron a moverse. Una vez en el arenal, advertimos que el vagón estaba vacío, el pescado se había perdido. Aun de esta suerte, debíamos pensar en salvar a los animales, por lo que atamos retorcidas cuerdas al yugo a fin de obligarlos a salir.

En este punto, un repentino viento se levantó, soplando con inusitada potencia. Acto seguido, oímos un ruido ensordecedor, como el que hace la nieve al desplomarse desde las altas cumbres. Miramos hacia el sur y vimos, con asombro y terror, una inmensa montaña de agua y fango que, precipitándose sobre la cuenca del río Drilón, arrancaba de raíz los árboles que encontraba a su paso.

Ahora el lago parecía verterse por entero.

La carreta de Eupálamo, remolcada por los mulos de Ítaco, consiguió evitar la ola letal y alcanzar la eminencia donde los demás nos hallábamos. No así los enemigos que, junto con los embarcaderos y la empalizada toda, fueron arrastrados por la ira del dios, yendo a caer encima de las balsas de la falange brige, que había detenido su avance al ver a los ulc en el puerto.

Nos quedamos absortos contemplando el espantoso espectáculo. Los gritos de desesperación de los briges eran de antuvión silenciados al ser engullidos por las aguas homicidas, a consecuencia del peso de sus armaduras. Los salvajes ulc, en cambio, zarandeados por las olas de sombría cima, se golpeaban una y otra vez contra los troncos y cascotes que flotaban en el fango, alargando su agonía.

El hinchado río mugía como un toro, escupiendo escombros y desfigurados cadáveres sobre sus márgenes. Y cuando ya no quedaban más vidas que arrebatarse, entonces, y solo entonces, bajaron las aguas, dejando una

grotesca escena de desolación y muerte en ambas orillas.

No me avergüenza confesar que, a mí y a mis compañeros, nos flaquearon las piernas, cayendo todos de rodillas exhaustos y amedrentados.

Capítulo 8

VII

Vestidos de bronce y cuero

Eupálamo fue el primero en recuperar el vigor en el pecho, pues era el conductor de más larga experiencia y el menos impresionable. Se puso en pie y, encarándose a los demás, su parecer transmitió.

—Amigos, todos me conocéis, y sabéis de la sensatez de mi ánimo y lo prudente de mi espíritu. Ni soy famoso por mi devoción a los dioses ni mis juicios se someten a la engañosa imaginación. Mas hoy he vivido una maravilla que jamás creí pudiera realizarse. Y no me refiero a la crecida del caudal, la cual sería posible buscarle una explicación razonable, sino a la que ahora os voy a relatar, y al escucharla coincidiréis conmigo en que hemos asistido a un momento glorioso.

»Este habría de acontecer en el río, cuando se abrió ofreciéndonos una ocasión para la fuga y todos nos adentramos en su lecho. Si a vosotros os resultó fácil y liviano el vadearlo, a mí me sucedió de otra manera:

»Desde que penetraran en el cauce las ruedas de mi carreta, esta se hizo pesada, y se sacudía y estremecía de continuo. Luego que se produjera el flujo de las aguas, el vehículo se meneaba entero, espuma abundante se formó a mi alrededor y los animales ya no obedecían. Yo, temiendo que los salvajes me dieran alcance, me di la vuelta, entonces enfermaron mis ojos de estupor al contemplar el origen de los sucesos:

»Eran los peces que en fardos bien atados en mi vagón transportaba, ellos habían cobrado vida y escapaban a lo profundo. No fue hasta que el último saliera nadando que se desclavara la carreta y volviera a obedecer mi gobierno.

»Mi corazón me dice que he presenciado el poder de un dios reclamando a los súbditos de su reino, que nosotros, en nuestra arrogancia, pretendíamos llevarnos por la fuerza. Por lo que os exhorto a que no abandonemos este río colérico sin haberle levantado un altar y apaciguado con plegarias y sacrificios.

Así testificó Eupálamo en lo tocante a su incidente. Enseguida se adelantó Falero con la intención de replicarle.

—No me agrada, hermano, cuanto acabas de proponer y te invito a meditarlo. Hoy hemos combatido a ejércitos que buscaban nuestra perdición, y enfrentado a portentos que los han arrastrado a la boca de los infiernos. También ahora sabemos del prodigio que tú solo has visto y padecido, y no por ello dejamos de creerlo.

»Que cada cual prometa en su mente cuantiosos sacrificios y perfectas hecatombes a los númenes protectores, si conseguimos regresar a la ínclita Atenas. Pero sabed que la muerte nos ha marcado, y temo que nos vaya a reclamar.

»Ea, pongámonos en marcha, salgamos de esta perniciosa llanura sin demorarnos, no sea que nos sorprenda aquí la oscuridad y otras tribus hostiles hagan por agredirnos. Que ya habrá tiempo de descansar y maravillarnos de lo ocurrido.

Tras haber hablado en estos términos, subiose al banco de un salto conminándonos para que hiciéramos lo mismo, arreó a los animales y reanudamos el éxodo hacia el ocaso.

Pronto, cuando no llevábamos recorrida la distancia que alcanza el grito de un hombre, otro obstáculo nos obligó a detenernos:

Era un torrente de rápidos remolinos que amenazaba con tragarse los carros si osábamos circular sobre él. Sus aguas discurrían persiguiendo el norte, retornando a la cuenca del Drilón por encima de la aldea de pescadores. Allí debían de confluír ambos, por lo que no había por dónde cruzar.

Falero me fijó la mirada, a la espera de que le indicara cómo sortearlo.

—Nunca antes vi ni supe de este otro río —me apresuré a confesar—. Acaso se trate de una corriente subterránea, de las que emergen un tramo tan solo en ciertas épocas. Remontemos su ribera y en breve daremos con su fuente.

La caravana viró dando la testa al sur como yo sugerí. Mas no hallamos ninguna fuente, sino un pronunciado meandro que giraba hacia atrás, subía y de nuevo se acoplaba con el negro Drilón.

Mi compañero expuso sus pensamientos en alta voz, pues no parecía que a mí se dirigiera, y enunciaba el apuro muy abatido.

—El Drilón se separa en dos brazos, que vuelven a unirse más adelante, y

nosotros estamos en medio, presos en una isla.

—Ya os lo advertí —se oyó gritar a Eupálamo—. Es el dios cerrándonos el paso por no rendirle los honores debidos. Aún es posible remediarlo.

Los demás también nos observaban, esperando una respuesta favorable a la demanda del viejo conductor, y la potestad de Falero se dejó persuadir:

Amontonamos guijarros del río alrededor de una blanca y pulida roca que arraigaba en el arenal; la coronamos con follaje de tamarisco que yo, junto con Ítaco, nos habíamos aplicado en reunir; y fue Museo quien con gran habilidad llevara el fuego a la pira, rozando dos oscuras piedras extraídas de su morral.

Eupálamo se ocupó de los ritos. Al carecer de animales para el sacrificio, esparció granos de cebada sobre el altar y la grasa de una urna de bronce que transportaban entre los víveres. Todo lo regó con agua lustral y vino por partes iguales, alzó la copa, bebió, y regueros de la mezcla escaparon por los costados de su boca, tiñendo de rojo su barba canosa.

—Apiádate, señor. Permite que salgamos de tus dominios con la ambición de expandir tu grandeza lejos, en la ciudad que habitamos. Nosotros, que nos proclamamos devotos tuyos, allí levantaremos un templo con altares perfumados y te haremos ofrendas todas las estaciones del año.

Habiendo orado así, dio el grito ritual y el río atendió el ruego, suavizó al momento su curso y contuvo su oleaje.

Continuamos siguiendo la travesía del sol, evitando la vía principal que quebraba hacia el lago. Era una zona pantanosa, con pequeños estanques acá y acullá salpicando el terreno. A Falero se le adivinaba intranquilo, miraba de un lado al otro sin dar tregua a la cautela, y no recobró el habla hasta que alcanzamos el final de la llanura. Delante se cerraba el bosque, y en el cielo las elevadas montañas mostrábanse orgullosas entre las blandas nubes.

—¿Dónde queda el paso de Candavia? —me interrogó.

—Al sur discurre una collada que conecta con esa ruta.

Él levantó el brazo por respuesta, y toda la caravana comenzó a virar tomando la senda junto a la arboleda. Detrás, alguien entonaba una melodía. Falero observó mi pasmado rostro y se sonrió.

—Es Museo. Antes de ocuparse de mercader, ejerció como aedo, mas no consiguió hacer de ello su oficio y ahora nos atormenta a nosotros con sus horribles chillidos.

En modo alguno era Museo lo que describía, ni un ignorante de la ciencia musical: sacaba armonías de las siete notas del canto, y tocaba virtuoso la lira que le concediera el tracio Parisades, colocando los dedos sobre el plectro de marfil. Su canción tratábase del retorno al hogar, navegando a través del azulado ponto, con la bodega cargada de tesoros y el alma de felices sentimientos.

La alegría del aedo mercader nos regocijó el ánimo a todos, se oyó de nuevo a los hombres conversar, reír y bromear. Confiábamos que los trabajos de aquel día habían llegado a su fin. Pero no, aún habría otra prueba que superar.

La lumbre de Helios comenzaba su inevitable extinción, impidiéndonos advertir el peligro que nos cercaba: una tropa de lanceros nos salió al paso en la boca de la garganta. No lo dudé, tomé impulso y me tumbé veloz en la parte trasera del carro.

—¡No! ¡Por Hermes, protector de los caminantes, no nos lastiméis! Carecemos de armas —se apresuró a suplicar Falero.

—¡Contente, viajero! —Le ordenó atronando la voz el portador de los emblemas—. Somos guardias al servicio del gobernador Emois, patrullando en busca de un fugitivo. ¿Quiénes sois, que en la oscuridad de la noche transitáis por sus dominios? Manifestadlo para que me quede bien enterado.

—Tan solo humildes comerciantes que regresan a la Hélade con el fruto de sus transacciones, después de haber pasado el verano en la brillantísima Licnido.

—En tal caso, es a vosotros a quien reclama el gobernador. Debéis acompañarnos a la ciudad, ya sea de buen grado, ya por delante de nuestras lanzas.

—Pero ¿bajo qué acusación?

—La de amparar o haber amparado a un traidor.

—¡Yo no soy un traidor! —repliqué alzando la voz y saltando a tierra.

Llevaba la Macedonia en la mano, lo que puso en guardia a los soldados. El temor se había apoderado de mi espíritu, forzoso era el ocultarlo o acabaría empalado por docenas de lanzas. Inicié mi tarea: rogar por

nuestras vidas.

—Eres Arrabeo, señor de Linkesta. Por mi padre conozco de ti, y por el día que llegaste a palacio a jurarle lealtad en presencia de esta sagrada hoja —afirmé moviendo la espada en alto—. Él te describió como un hombre de honor, esforzado y honesto. «Ningún mortal que pensara con prudencia pondría en reproche su bravura», me decía.

El poder intimidatorio de la Macedonia me permitió continuar hablando, ignoraba por cuánto tiempo, siempre menor en aquellos que descollaban en voluntad de carácter. No debía demorarme en mi discurso.

—Tal como yo lo veo, puedes entregarme a Emoio, el cual me otorgará una muerte cruel por el único crimen de llamarme hijo de un magnánimo varón. O, por el contrario, dejarme marchar al exilio, y honrar la memoria del que se preciaba de ser tu amigo.

El caudillo se quedó en silencio, vacilando en la adopción de uno de estos dos pareceres. Necesitaba más argumentos y Falero salió en mi favor.

—Señor, los bienaventurados dioses no se complacen en las obras perversas, sino que gustan de la justicia y las acciones sensatas de los mortales.

Arrabeo hizo un gesto con el brazo y sus guerreros descansaron las lanzas. No vacilé, comencé a andar sujetándome fuerte al puño de la espada. Los soldados se apartaban a mi paso, haciendo resonar sus uniformes de bronce y cuero, nunca me parecieron tan temibles.

Oí las ruedas de los carros ponerse a girar tras de mí. Seguí caminando por aquel interminable bosque de enhiestas picas, temblándome las carnes y con la voz pegada a la garganta, esperaba que en cualquier momento me golpearan e impidieran mi avance. En cambio, fue la voz de Falero la que al final me contuvo.

—Detente, Hijo del Río. Lo has hecho bien.

Cobré ánimo, miré hacia atrás, y vi que los soldados habían desaparecido. Al punto, me flaquearon las rodillas y una oscuridad me cubrió los ojos.

—Cof, cof, cof

Algo ardiente y amargo corrió por mi garganta haciéndome toser.

—Con calma, muchacho. Ha sido muy larga la jornada.

Abrí los párpados, era el viejo Eupálamo quien hablaba. Me había hecho sorber vino caliente de un cazo, trayéndome de vuelta al mundo de los vivos. Encontrábame yo tumbado junto a una hoguera, sentados los mercaderes en derredor, comiendo y bebiendo con la serenidad pintada en sus semblantes.

Respiré. Habíamos vencido al mal albur.

Falero, al percatarse que me hallaba despierto, quiso saber de mi estado.

—¿Cómo te encuentras?

—Hambriento... y... sediento.

—En eso puedo ayudarte —se alegró ofreciéndome la cena en una canastilla.

Comencé a engullir el alimento con avidez, pero entonces reparé en Macedonia, e inquieto, miré a un lado y al otro.

—¿Es esto lo que reclaman tus ojos? —me preguntó acercándose la espada.

La tomé y acaricié su empuñadura, su tacto me tranquilizó.

—Magnífica hoja, ¿tiene nombre?

—Mi padre, el soberano Clito —precisé—, la llamaba Macedonia por la estrella labrada en su vaina, símbolo de la estirpe de Macedón, el nacido de Zeus.

—Posees un gran tesoro, Hijo del Río.

—No, no me pertenece a mí, yo tan solo soy su custodio.

—Custodio de Macedonia —proclamó con exagerada solemnidad—, otra ocupación que añadir a la de rey, semidiós y guía de caravanas.

—Aquí concluye mi labor como guía, más allá de esta garganta temo que sea de escasa utilidad.

—No te hagas de menos, muchacho —me replicó él—. Ha sido la agudeza de tu ingenio la que hoy nos ha salvado de la ruina. Mucho han de horadar las ruedas de nuestros carros antes de alcanzar el puerto de Butea. Ten por seguro que seguiremos requiriendo de tu resolutivo proceder.

Museo, que tañía la cítara parisadia, ensayando acordes de una nueva canción, intervino.

—Recréate los oídos, Hijo del Río. No es frecuente que nuestro áspero capataz halague con lisonjas a uno de los suyos. Yo, por mi parte, me avendré a loar la gloria de los héroes.

—Museo —le respondió Falero—, te halagaré a ti también, si es lo que anhela tu corazón: tú nos proporcionas un gran servicio, espantando a las bestias y las aves de rapiña con tus estridentes sonidos.

Una risa incontenible se apoderó de todos nosotros, salvo del aedo mercader, que permaneció serio y cabizbajo, apartando el instrumento a un lado. Así que Falero lo advirtió, escanció vino en una copa y se la ofreció con amables disculpas.

—En verdad que no estuve nada comedido, y no quisiera que por ello se afligiera tu alma. Que no es decoroso ofender a un amado de las musas, pues de sus labios fluyen suaves las palabras cuando alaban y perpetúan las gestas de los antiguos.

Museo aceptó la copa, pero aún seguía dolido, con la tristeza de un niño al cual han reprendido siendo inocente.

—Ea, cuéntanos en esta noche de cómo Cadmo edificó Tebas Cadmea —le exhortó Falero—. Tú que viviste en el pasado tras sus formidables murallas, que, según dicen, fue un citarista quien las levantó con sus melodías. Nuestro hermano el Hijo del Río, aquí presente, tiene intención de solicitar asilo a sus moradores, y no me parece sensato que comparezca ante ellos sin conocer de su fundación.

Al aedo se le iluminó la cara, tomó la lira y comenzó a tañerla buscando inspiración. Y esto fue lo que recitó:



Capítulo 9

VIII

La fundación de Tebas

En el remoto reino de Sidonia, junto a la populosa ciudad de Tiro, habitaba un monarca opulento que imperaba sobre muchos pueblos. Espléndidas riquezas llenaban las cámaras de su excelso palacio, cosas extraordinarias, maravillas dignas de ver traídas de los cuatro rincones de la tierra. Si bien su tesoro máspreciado y el que más quería y admiraba por encima de todos, no era otro que su hermosísima hija, Europa, la de lindo talle y sonrosadas mejillas. Tan deslumbrante era su belleza que el mismísimo Zeus, el padre de los dioses y de los mortales hombres, le fijó la mirada y el perturbador deseo le asaeteó el pecho.

Tenía el rey un numeroso rebaño de vacas en un florido prado, donde la princesa y sus doncellas gustaban de recoger rosas, azafrán, olorosas violetas, espadillas, jacinto, y aquel narciso que la tierra producía muy hermoso y lozano.

En esta suerte, el artero Zeus maquinó una soberbia artimaña: mudó de forma semejando un toro blanco, inmaculado, de retorcidos cuernos, y se mezcló con la parda vacada. Así que lo vieron las risueñas muchachas, se llegaron hasta él para contemplar de cerca tan asombrosa apariencia.

Como quiera que el animal pareciera manso, colgáronle guirnaldas de flores, y se incitaban unas a otras aproximándose y acariciándole el suave pelaje en alegre algarabía. Y quiso la providencia que Europa, embriagada de risa, alzándose se sentara sobre la dócil bestia, ansiosa por vencer el jubiloso certamen.

El falso toro comenzó a caminar hacia una playa arenosa, desoyendo los suspiros de la princesa que en lo alto se angustiaba; y al verlo sumergir sus patas rotatorias en las espumosas aguas, se agarró fuerte a la cornamenta por temor a caer, gritando asustada a sus compañeras. Ellas, aterradas desde la orilla, la veían alejarse a lomos del transfigurado dios.

Del destino de Europa, a qué lugar arribaría, y del famosísimo hijo que concibió por obra del soberano del cielo, yo me acordaré en otro canto.

Inconsolable abatimiento se apoderó del padre al conocer sobre el rapto de la hija querida, absteniéndose de comer y de beber, y a nadie se dirigía

ni con palabras ni con acciones.

Había engendrado el monarca tres irreprochables varones, hermanos de la desaparecida, que ante él comparecieron por si podían aliviarle la pena.

—Venerable padre, grandes son los pesares que soportamos los mortales y hemos de aceptar con ánimo paciente, pues la divinidad te dará esto y te rehusará aquello según le pluguiere. En cuanto a ti, aún te quedan otros esforzados vástagos en tu mansión que aspiran a suavizar tu dolor. Pídenos lo que quieras que nada te negaremos.

Muy por el contrario, los príncipes, lejos de confortar el corazón del rey, recibieron el más severo de los mandatos.

—¡Cobardes ingratos! No me consuelan vuestros blandos discursos ni me complace que os halléis en mi presencia. ¿Dónde está la hermana que jurasteis proteger? Acatad este voto o sucumbiréis bajo mi cólera: escoged una corva nave, de las muchas que hay en el bullicioso puerto, y embarcaos en busca de Europa. Que no os encuentren los guardias vagando por la ciudad, ya sea porque demoréis la partida, ya porque hayáis regresado sin el encargo cumplido; pues os tratarán como a perros impíos, y de nada ha de servirlos el egregio linaje del que procedéis.

Forzados por la necesidad, los tres de Tiro acometieron la empresa. Navegaron hacia el norte, preguntando acá y acullá por el bovino raptor de doncellas. Empero ningún individuo de los que moran las regiones por donde nace Eos había contemplado tal portento, y no obtuvieron respuesta favorable.

Pronto, ¡oh, veleidoso Fénix!, perdiste toda esperanza y fuiste el primero en rendirte ante la infructuosa tarea. Allí donde abandonaste a tus hermanos queridos fundaste Fenicia, junto al reino de tu padre, al que de postrero unirías a tus dominios.

Y a ti, Cílix, primogénito del rey, ¿quién te subyugó el espíritu? ¿Quién de los sempiternos o de los mortales hombres te retuvo para siempre en las escarpadas costas de Cilicia? ¡Ah!, ya no llegarás a las remotas corrientes del océano, tanto que te vanagloriabas, cuando afirmabas que restituirías a Europa a las faldas de su reverenciada madre.

Pero tú, irrepreensible Cadmo, siendo el más joven, no cejaste en tu empeño. Aun teniendo yo diez bocas articuladas de voz, difícil me sería enumerar las tierras que tus briosos pies pisaron, los pueblos hospitalarios y justos que te acogieron, las tribus crueles y salvajes que osaron oponerse a tu determinación: Licia, cuna de Apolo y la monstruosa Quimera, Lidia, Frigia inmensa, Misia y la Tróade, a donde te dirigiste para

cruzar el voraginoso Helesponto y la Tracia toda.

Y habiendo peregrinado el héroe por las llanuras de Tesalia, cansado y abatido en su miserable vagar, enderezó su camino hacia la sagrada Delfos. Allí franqueó el umbral de piedra con la voluntad de consultar al oráculo, el único que conocía lo pasado y lo venidero. No obstante, la pitia le salió al paso increpándole con estas palabras:

—Hombres necios, desdichadísimos, que estáis ávidos de inquietudes, de grandes pesares y de amarguras en vuestro corazón, extranjeros sin patria y de infecundo propósito. ¡Malditos! ¡Malditos!

La mujer gemía y se lamentaba mesándose los cabellos postrada delante de Cadmo y sus compañeros. Los sacerdotes, al verlo, gemían también, y los coros de las vírgenes y todos los que allí servían al dios profeta.

—¿Por qué os angustiáis? —se asombró Cadmo—. Ningún mal ha de venir de mí ni de los míos. Decidnos cómo debemos proceder, que aquel que obedece a los altísimos es por ellos atendido.

—Oculta a tus ojos este santo recinto y aléjate de nosotros. ¡Malditos!

—¡Malditos! ¡Malditos! —clamaba el coro al unísono con voz lastimera, acaso pareciera el eco de la anciana.

—Pero ¿adónde iré? —preguntaba Cadmo.

—Persigue a la luna, y no te detengas hasta el lugar donde descanse. ¡Malditos!

—¡Malditos! ¡Malditos! —repetía el coro.

—No comprendo lo que dices. ¿Hallaré a mi hermana, Europa, por la que tantos trabajos hemos padecido los de Tiro?

—Todas las cosas te han sido reveladas, guárdalas en tu mente. ¡Malditos!

—¡Malditos! ¡Malditos!



Los consternados viajeros, comprendiendo que ya no obtendrían más respuestas, decidieron obedecer sin demora: vendáronse los ojos, se cogieron de las manos y deambularon entre las calles de la sacra ciudad. Hasta que, por azar, cruzaron la puerta que miraba a occidente, hacia la fértil Beocia; y alejándose por el paisaje, cumplieron de este modo el primer mandato del oráculo.

Por lo que respecta al segundo, resolvieron unirse en consejo, en un intento de arrojar algo de luz a las aladas palabras de la pitonisa. Sentados en redondel sobre la hierba, en medio de una pradera, se entregaron a sus deliberaciones. Al punto, sintieron cómo gemía la tierra por debajo:

Eran los cuantiosos rebaños del rey Pelagonte que salían de los establos, haciendo retumbar el suelo bajo sus patas. Pronto inundaron el valle entero, mugían, balaban y relinchaban según su condición. A ellos, sobrecogidos, les parecía que el mundo llegaba a su fin, y se aferraban unos a otros a la espera de perecer pisoteados por la ensordecedora estampida. Pero las bestias desviaban el rumbo formando una circular isla allí donde el príncipe y los suyos se encontraban.

La hora de la suelta terminó y dejaron de llegar animales. Los últimos se alejaban ya hacia los verdes pastos y el silencio regresó al valle. Y cuando creían pasado todo el ganado, una mugidora vaca se presentó, penetrando en el interior del círculo.

—¡Luna! ¡Luna! —se oyó gritar a lo lejos.

Era uno de los boyeros que venía en busca de la rezagada, aproximándose a los tirios les mostró la diestra.

—Salud, pastor —le recibió el divino Cadmo—. Qué nombre tan idóneo para una vaca mostrenca. Esa marca lunar en la testuz es admirable de ver. ¿Tendrías a bien comerciarla? Te pagaríamos tres talentos de oro.

—Estaría encantado de deshacerme de ella. Mas no sería prudente ni justo ocultaros nada acerca de esta desventurada, que nunca atiende a razones, se separa de la manada a su antojo, salta el vallado y anda de acá para allá. Pareciera un espíritu de esos que cabriolan por el Parnaso haciendo sonar el camarillo.

Cadmo se incorporó y le puso el oro en la mano al pastor, y a este se le alegró el corazón.

—Eres un hombre piadoso. Que los bienaventurados te recompensen por ello. Ve tranquilo, que nosotros por nuestra parte nada te hemos de reclamar.

El uno se fue contento por el ventajoso trato, y los otros quedaron maravillados al ver cómo todo se iba cumpliendo según lo dispuesto por los hados.

Luna, la vaca errante, inició su lento peregrinar hacia oriente, a través de las umbrías cumbres del Helicón y sus valles poblados de árboles. A continuación, un sendero pedregoso la llevó junto a la ribera del lago Copais, cruzando las llanuras del Ténero y Aonia. Dos días la habían estado siguiendo los de Tiro, sin tregua, sin reposo, sin rendirse a la debilidad; y cuando el sol completó su carrera por vez tercera, y las tinieblas se extendieron de nuevo cubriendo la tierra, a la vaca le cedieron los miembros, quedando su abultado cuerpo tendido sobre la hierba, y ellos se congratularon de poner término a su penoso caminar.

—Ea, dispongamos un magnífico banquete y hagamos sacrificios propiciatorios a las divinidades, a ver si alguna se aviene a levantarnos esta maldición que nos pesa tanto.

Así se expresó el ilustre caudillo y los demás obedecieron solícitos:

Mientras unos aparejaban la cena, otros prendían la lumbre, y unos terceros fueron en busca de agua a una fuente que allí cerca cristalina fluía. ¡Insensatos! Sin saberlo, eran impelidos por el hado, que a la negra muerte los arrastraba. Un abominable dragón, siervo de Ares, se abalanzó sobre ellos cuando arrimaban sus recipientes al sagrado manantial.

El príncipe tirio, de corazón bravo, alertado por los lamentos de desesperación, presentose en el lugar blandiendo su larga pica. Al encontrarse con el monstruo devorando a placer los cuerpos palpitantes

de sus desdichados compañeros, una terrible cólera se apoderó de él:

Con un potente grito guerrero, le envasó la lanza en el ojo derecho, saliendo la broncea punta por el izquierdo. El dragón, cegado como estaba, seguía dando brincos rugiendo de forma aterradora. No se detendría ahí el furor desatado de Cadmo, sino que, cogiendo una pesada piedra, la cual dos varones de los actuales no podrían transportar, pues así era su vigor, la descargó enérgico en lo alto de la cresta, rompiéndole los huesos del cráneo.

—¡Ahora púdrete ahí en el suelo! ¡Que ya no serás funesta perdición para los hombres! —le espetó al cadáver de la bestia.

Un halo de gloria envolvía su gallarda presencia. Soberbio y orgulloso, ordenaba a su séquito que dieran sepultura a los caídos, y acto seguido iniciaran el festín. Caudillo de voluntad de hierro, ni las fatigas ni las adversidades conseguían doblegar la firmeza de tu espíritu.



Tanta nobleza y empuje no pasó desapercibida a la sacra potestad de los moradores del cielo. Ellos, reunidos en asamblea, deliberaban respecto al destino del héroe. Atenea, siempre defensora de los justos, se lamentaba despidiendo hondos suspiros.

—He aquí un hombre valiente y de regio proceder al que los altísimos repudiamos a causa de su obstinada búsqueda, contraria a los designios de Zeus. Ahora perecerá sin haber ejecutado magnas obras que perduren en el tiempo y sean beneficiosas para las futuras generaciones, como corresponde a los varones excepcionales.

El rey de los olímpicos, desde el más alto de los doce tronos, arqueó las negras y poderosas cejas. Los otros númenes callaron, y él declaró su inmutable decisión.

—No me opongo a que socurras al mortal, si cesa ya de su propósito y funda una ciudad dotándola de templos que nos sean gratos. Yo mismo le compensaría con una consorte digna de un dios, en nada inferior a su

añorada hermana, ni en gracia ni en belleza ni en juicio ni en habilidad.

Disolvióse el consejo divino y Atenea se aprestó a ejecutar el encargo: suspendió sobre sus espaldas la formidable égida, bastión infranqueable que otrora colgara del fuerte brazo de su padre; con su mano asió la lanza de doble moharra que le forjaron los cíclopes, destructora de falanges enteras de guerreros; a sus piernas ciñó hermosas grebas ajustadas con broche de plata, y con un yelmo de oro y doble cimera cubrió su virginal cabeza. Así revestida, se precipitó desde las regiones etéreas y fue a parar a donde Cadmo dormía, junto a las corrientes del Ismeno, se detuvo en su cabeza en forma de sueño y le anunció buenas nuevas.

—¿Duermes, hijo del arrogante Agénor? Pérfido insaciable, rey devorador de su pueblo. ¿Cuántos trabajos y calamidades has sufrido a consecuencia de tan odioso progenitor? Ea, relaja ya tu fatigado corazón, porque yo vengo de parte de otro padre, que sí te ama y tiene un plan para ti.

Habiéndose manifestado con estas afectuosas palabras, Atenea agitó el escudo y una populosa urbe apareció ante los ojos del errabundo príncipe: lujosas mansiones se levantaban orgullosas en sus anchas calles, y una soberbia muralla de siete puertas doradas la circundaba. Sus habitantes, gozosos, hacían libaciones a los protectores celestiales, y se congratulaban en el ágora y el mercado.

La diosa de ojos de lechuza volvió a sacudir la égida gloriosa y puso fin a la visión.

—Una última cosa te diré que deberás guardar bien en tu memoria, no sea que te sobrevenga el olvido cuando el dulce sueño se ausente: la horrenda sierpe te privó de paladines que te asistan en tus obras futuras. Entierra los dientes de esa perra homicida y verás cuán grande será tu compensación.

Al despertar el eximio Cadmo, acordose de las instrucciones de la diosa, se dirigió al lugar donde yacía el cuerpo del dragón y, golpeándole las fauces con piedras, le arrancó todos los aguzados dientes. Acto seguido, los diseminó en surcos que había labrado en la madre tierra, hiriéndola con la aguda espada. La lumbre del sol calentó la siembra y la negra noche la humedeció; y al surgir la aurora del océano para restablecer la luz a los mortales, el portento se hizo visible:

Un ejército de formidables guerreros brotaba del barro, enormes, musculosos, de mirada terrible, armados con rodelas y picas de marfil.

Cadmo, temiendo por los suyos, les ordenó que se ocultaran en la gruta del dragón, bajo la fuente de Ares. Él, desde lo alto, hostigaba a los gigantes tirándoles guijarros con la intención de probarlos. Estos comenzaron a culparse unos a otros y, enardecidos, se provocaban

chocándose los óseos escudos.

La funesta batalla no se demoró y las lanzas se embriagaron del sabor de la carne. Furibundos, juntábanse los lamentos de aquellos que caían y agonizaban con el griterío de los vencedores. Luego, los que se mantenían en pie volvían a inmolarse, y así de continuo hasta que todos quedaron tendidos y ensangrentados sobre la tierra que los alumbró.

El piadoso Cadmo acercose a la hecatombe y, viendo que algunos aún respiraban, avisó a los tirios con el propósito de auxiliarlos. Él mismo les curó las heridas aplicándoles hierbas medicinales, presente de un sabio centauro al que conoció a su paso por Tesalia.

Cinco fueron los supervivientes, los llamados espartos, fieles adalides de la regia Cadmea, urbe que levantaron por mandato de su bien amado caudillo. Para él erigieron un magnífico palacio de roca pulimentada y pórticos con columnas de mármol.

Los númenes amaron mucho esta ciudad, venían a menudo a visitar sus ricos santuarios y a su rey, con el cual entablaron fuertes lazos de amistad. A su debido tiempo, Zeus, complacido, entregó la doncella prometida; no una mortal de las que se sustentan de grano, sino de naturaleza divina. Harmonía, que descollaba por su gracia y su belleza, subió a la tribuna nupcial dotada de exquisitos presentes, valiosísimos obsequios que trajeran los moradores del sagrado Olimpo. A saber:

Hermes, el heraldo de Zeus, aportó un cetro repujado, con el que Cadmo y sus descendientes administrarían justicia por generaciones.

Ares, señor de la guerra y progenitor de la desposada, una lanza de fresno de once codos.

Apolo se presentó con un pulido arco, cuyos áureos anillos despedían un vivo resplandor.

Hefesto colocó en la cabeza de Harmonía una corona de piedras multicolores, y ciñó sus sienes con una banda dorada.

Hera, la más poderosa de las féminas deidades, mandó fabricar dos tronos labrados en madera noble, a los cuales les habían incrustado múltiples filetes de plata y lapislázuli.

Atenea, la de ojos de lechuza, bordó ella misma un primoroso peplo de doce hebillas.

Estas fueron las dádivas más esplendorosas, quedando por detrás del afamado collar que Afrodita aportara a la dote de su hija querida: una majestuosa gargantilla, obra de Hefesto, el dios artífice, hecha de oro engastado en electro. Tenía la forma de sinuosa serpiente de dos cabezas, una a cada extremo, uniéndose en círculo a las extendidas alas de un águila, cuyos ojos eran dos gemas grandes como ajos, que cambiaban de color según la luz que reflejaran. Y nunca antes ni después se ha visto sobre la tierra una joya de tanta hermosura como el collar que lució Harmonía.

Óyeme bien, Hijo del Río. Cuando te halles ante la Tebas Cadmea, pregunta a sus altivos habitantes dónde sucedieron todas estas maravillas: en qué sitio descansó la vaca, dónde se apareció Atenea. Diles que te muestren la gruta, la fuente, los restos del desdentado dragón; en qué campo brotaron hombres y sucumbieron en la misma mañana. Entra en la ciudadela y contrata un guía, de los muchos que hay junto a la puerta Ogigia. Él te llevará hasta el celebrado atrio, donde cantaron las musas y Apolo tocó la lira, el día en que dioses y cadmeos festejaron unidos el himeneo de los primeros reyes de su venerada patria.

Aquí finaliza el primer acto, extracto de la obra Héroes, viajeros, dioses y reyes.

Gracias por leerlo.